

HONRAS FUNEBRES

DEL ILLMO. SR. DR. D.

JOSE ANTONIO

DE LA PEÑA Y NAVARRO,

PRIMER OBISPO DE ZAMORA,

VERIFICADAS EN ESTA STA. IGLESIA CATEDRAL

EN LOS DIAS 12 Y 13

DE OCTUBRE DE 1877.

ZAMORA:

Imp. de J. M<sup>o</sup> Torres Maldonado,

1877.

*J. Venerable Cabildo de la Sta.  
Catedral de Zamora.*

4705  
45

1

75

7

BX1705  
. P45  
V3  
C. 1

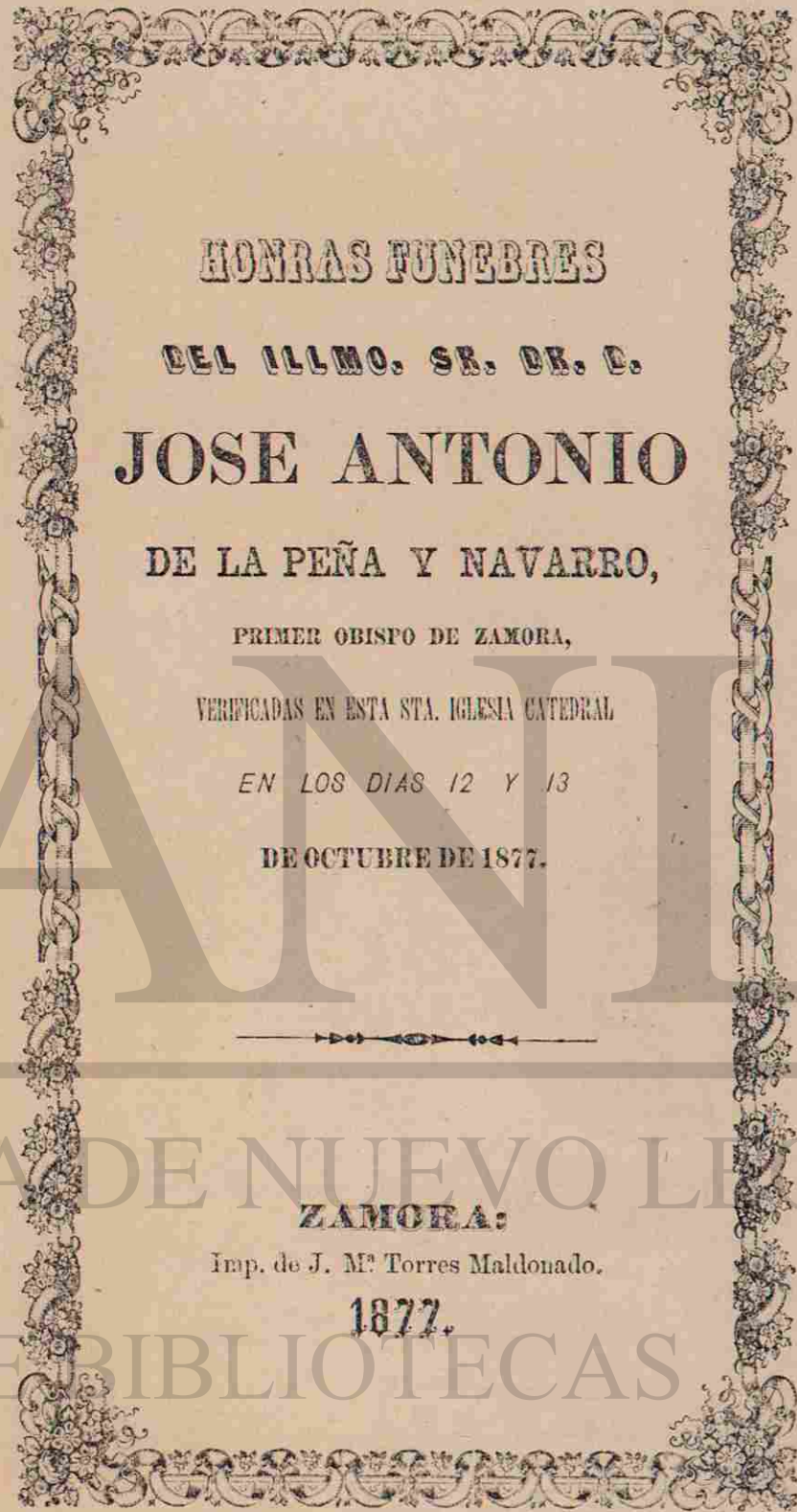
0175



1080024291



FONDO E-METERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



HONRAS FUNEBRES

DEL ILLMO. SR. DR. D.

JOSE ANTONIO

DE LA PEÑA Y NAVARRO,

PRIMER OBISPO DE ZAMORA,

VERIFICADAS EN ESTA STA. IGLESIA CATEDRAL

EN LOS DIAS 12 Y 13

DE OCTUBRE DE 1877.

ZAMORA:

Imp. de J. M<sup>o</sup> Torres Maldonado.

1877.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

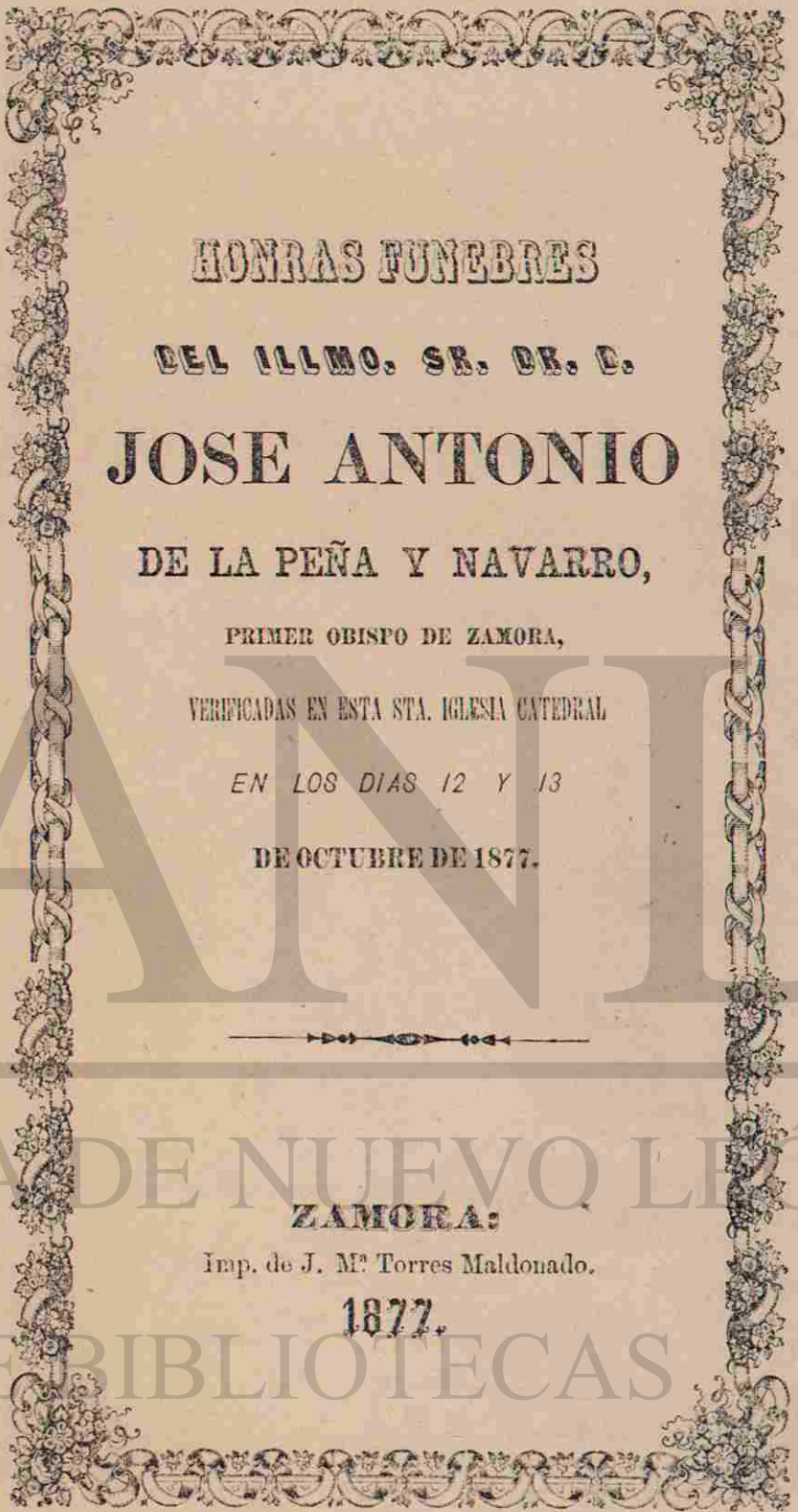




1080024291



FONDO E-METERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



HONRAS FUNEBRES

DEL ILLMO. SR. DR. D.

JOSE ANTONIO

DE LA PEÑA Y NAVARRO,

PRIMER OBISPO DE ZAMORA,

VERIFICADAS EN ESTA STA. IGLESIA CATEDRAL

EN LOS DIAS 12 Y 13

DE OCTUBRE DE 1877.

ZAMORA:

Imp. de J. M<sup>o</sup> Torres Maldonado.

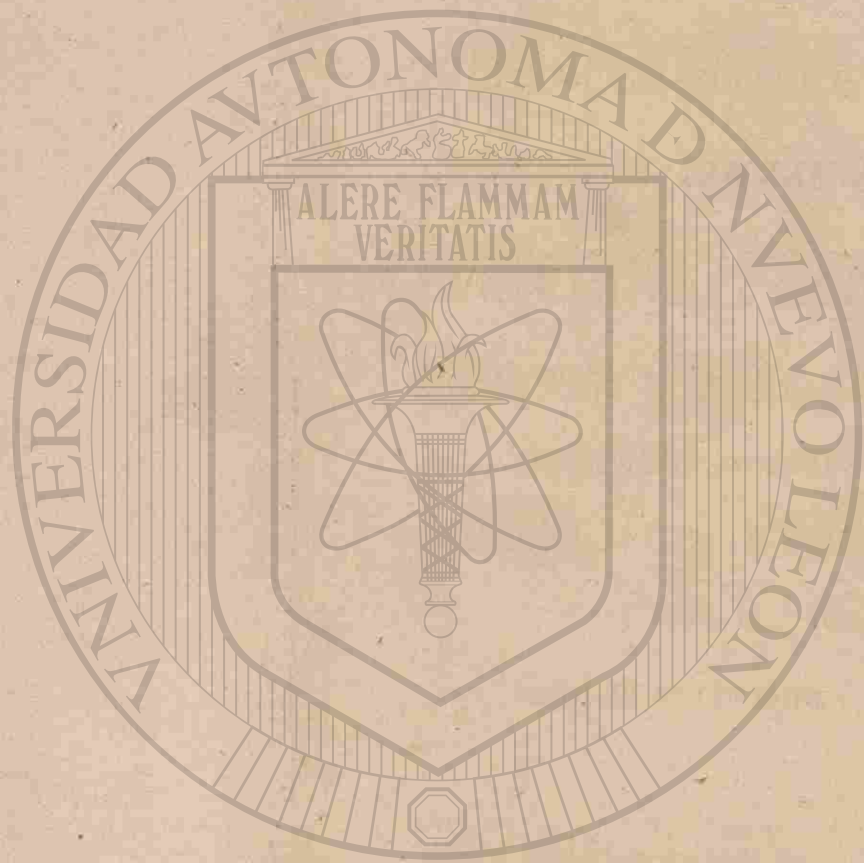
1877.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Bx4705  
P45  
V3



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

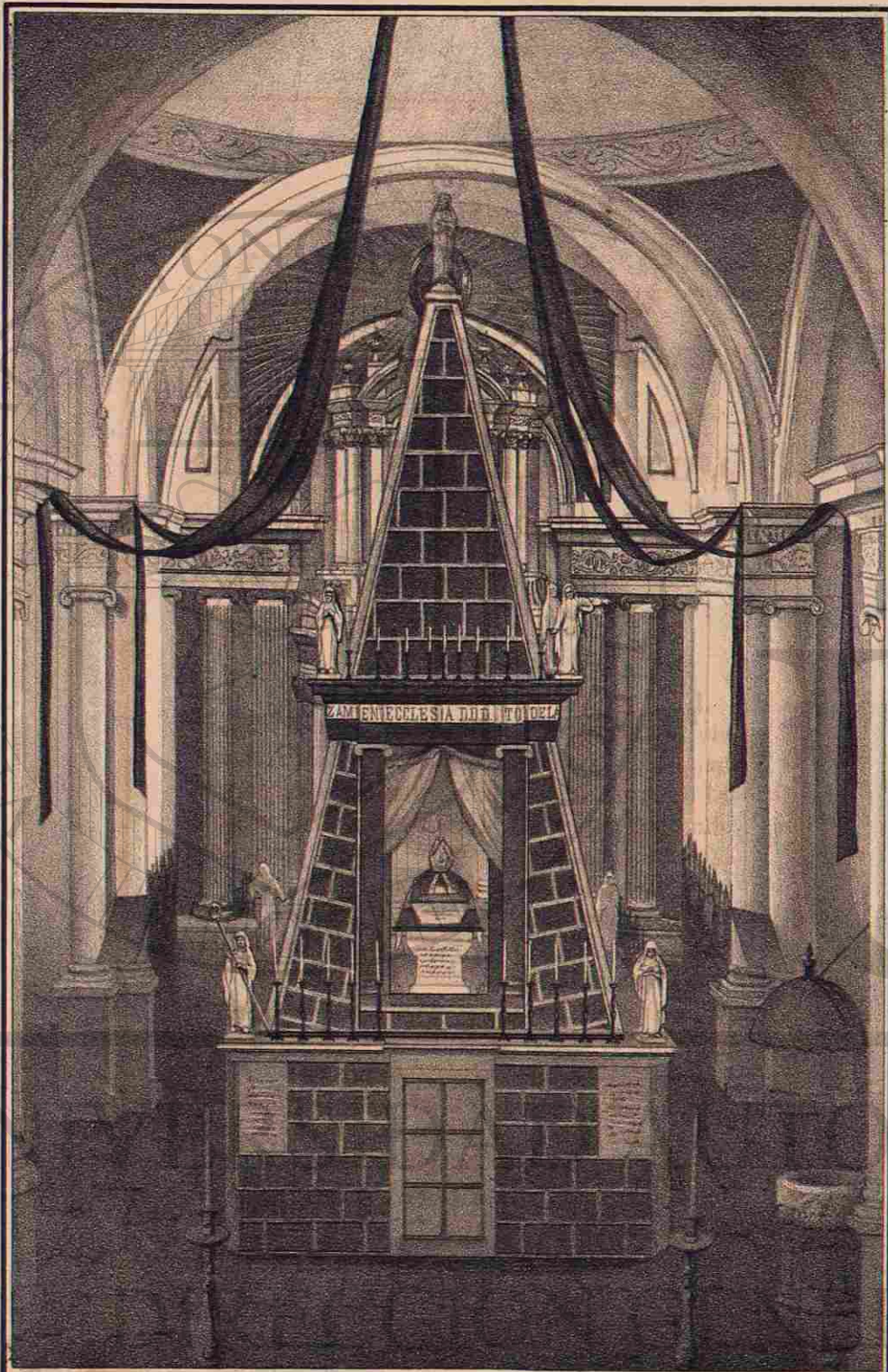


FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.





Interior de la Santa Iglesia Catedral de Zamora en las honras fúnebres, que el V. Cabildo hizo al Illmo. Sr. Obispo Dr. D. José Antonio de la Peña y Navarro, en los días 12 y 13 de Octubre de 1877.

## ORACIONES Y LÁGRIMAS

DESCRIPCION DE LAS HONRAS FÚNEBRES

Del Ilustrísimo Sr. Dr. D.  
J. ANTONIO DE LA PEÑA Y NAVARRO

DIGNÍSIMO PRIMER OBISPO

DE ZAMORA.

En los días doce y trece del presente el pueblo zamorano ha acudido presuroso al primer templo de la ciudad, para orar y para llorar. El concurso espontáneo de tantos fieles es una alta manifestación pública de lo que valía sobre la tierra el ministro esclarecido, el sacerdote angélico y el Prelado dignísimo sobre cuyo sepulcro se han derramado tantas lágrimas, y se han esparcido tantas flores. En esos días solemnes, la ciudad entera recordaba á nuestro venerable Obispo difunto, y pedía fervorosamente al cielo por el eterno descanso de su alma.

Estaba tristemente esplendoroso en los días á que nos referimos, el precioso interior de nuestra Santa Iglesia Catedral con su única nave de buen gusto, con sus columnas elegantes que sostienen su cúpula atrevida, y con sus bellos altares vestidos de blanco y oro. Con el corazón palpitante y con el alma bañada en fé, hemos asistido, con profundo respeto, y con un dolor positivo á las honras fúnebres del Illmo.



Sr. Dr. D. José Antonio de la Peña y Navarro, dignísimo primer Obispo de Zamora. El justo tributo de nuestras oraciones y de nuestras lágrimas, ha subido al cielo para bendecir la buena memoria del que innumerables veces nos tendió amistosamente su mano bondadosa, que besamos con profundo respeto, y con un amor verdaderamente filial. Ese anciano sacerdote nos bendijo y oró fervorosamente por nuestros inolvidables padres difuntos, y es muy justo por lo mismo pagarle en estas cortas líneas, puesto que no podemos mas, una deuda de gratitud, que no se ha borrado, ni se borrará jamás del libro de nuestro corazón.

La Santa Iglesia Catedral reconstruida y sostenida por su celo evangélico estaba inundada, en los días á que nos referimos, de esa luz lánguida y melancólica que ilumina dulcemente los tristes recuerdos; los altares levantados por su mano bienhechora dejaban ver sus enlutadas y pálidas antorchas: los muros de ese templo que vacilaba, y que su fuerza de voluntad sostuvo, ostentaban sus enlutados crespones, en señal de amarguísimo duelo, y el pavimento mismo, que construyó su afán incansable, estaba cubierto de mil flores cinerarias, regadas con abundantísimas lágrimas. Todo demostraba el gran duelo del gran templo y de la huérfana ciudad. La esposa lloraba al esposo, y el cielo recibía benigno ese incienso consolador de gratitud, de amor, de caridad y de fé.

En el presbiterio y bajo la bóveda del crucero enlutado, hemos visto y admirado un grandioso catafalco, que costó una suma no despreciable, y que fué levantado espresamente para la fúnebre ceremonia. La obra era severa y digna de su triste y glorioso objeto, y en su tamaño colozal estaba, perfectamente iluminado

el colorido del mármol negro con sus blancos jaspes naturales. El artista comprendió perfectamente el pensamiento de duelo de los dignos capitulares, que escribieron en ese túmulo querido su gratitud, su respeto y su amor profundo al dignísimo Obispo, cuya memoria es y será siempre grata en los fastos de la Iglesia y de la República. Ese túmulo ostentaba, en elegantes letras, octavas alucivas á su doliente objeto, y estaba sembrado de esas máximas y sentencias consoladoras, que han atravesado los siglos para no morir nunca; bellas estatuas, que representaban las principales virtudes del difunto, decoraban el peristilo y los ángulos salientes de ese túmulo respetado y admirado por millares de personas, que concurrieron y amaron al inolvidable Obispo. El pueblo que con lágrimas abundantísimas salió de esta ciudad, hace tres meses, para recibir en Jacona los venerables restos del Illmo. Sr. Peña, ese mismo pueblo llenaba la Santa Iglesia Catedral, en los días doce y trece del presente, y levantaba sus oraciones á Dios virtiendo lágrimas de verdadero dolor. ¡Cuán grato es el recuerdo de los que dejan sobre la tierra un lampo de luz! ¡Cuán grata es la memoria de los que duermen el sueño de los justos, en el seno del Señor! El Illmo Sr. Peña es muy digno de ese grandioso recuerdo, y la ciudad y la Iglesia han cumplido en estos días con su sagrado deber. Cuando todo concluye sobre la tierra, la gratitud queda sobre el mundo, para demostrar á las generaciones venideras, que no son estériles sobre el campo del infortunio, el trabajo del sábio, la virtud del bueno y la esperanza del justo.

Dió principio el Oficio á difuntos de las



tres de la tarde del día doce, y concluyó á las siete de la noche. Al comenzar el "Venite exultemus Domino" todos los corazones se conmovieron profundamente y latieron con un mismo sentimiento. Las Vísperas estuvieron muy brillantes, y la orquesta bajo la dirección del hábil profesor D. Julian Barrios hizo verdaderos prodigios. Mas de cuarenta sacerdotes asistieron al acto, y algunos de ellos vinieron de largas distancias para pagar su deuda de gratitud, entre otros vimos allí al ilustrado Cura de Cotija con sus cabellos blancos y con su alma limpia, al benemérito cura de Tarecuato que recibió al Prelado enfermo en su casa cural y le atendió debidamente; y al humilde Cura de Tlazazalea tan recomendable por sus méritos. Nuestros ojos buscaron en vano al dignísimo cura de Jacona, tan notable por sus trabajos, por su ciencia y por su virtud. Alguien nos recordó su ausencia en la Capital de la República y nos aseguró como aseguramos nosotros que allá como aquí responderán sus oraciones y sus lágrimas, á las oraciones y á las lágrimas de sus feligreses y de sus hermanos.

Concluido el Oficio ocupó la Cátedra Sagrada el Sr. Vicario Capitular, Canónigo Lic. D. Juan R. Carranza, encargado de la oración latina, y desempeñó su comision de una manera brillante, á juicio de los inteligentes. Aunque muchos carecían de los conocimientos del idioma en que habló el orador, su acción, su palabra y su ternura fué perfectamente comprendida, como un himno dulcísimo de gratitud y de amor. El Sr. Carranza es un sacerdote ilustrado y virtuoso. Su nombre no ha ido mas léjos de la Diócesis que dignamente gobierna, porque su modestia ha cortado

el vuelo á la luz de su pensamiento. Luego que la oración concluyó, se retiró la concurrencia, llevando en el alma un triste y venturoso recuerdo.

El Santo Sacrificio del día trece fué el mismo Sacrificio consolador de la redención del mundo; pero la Iglesia que tiene días de purísima alegría no carece, algunas veces de tristes armonías. Los corazones que se entregan al pesar, palpitan de una manera distinta, que los corazones que rebosan alegría. El llamamiento á las lágrimas, aunque venga del templo, tiene su sonido peculiar, que hace palidecer el sol y que entristece el alma. Por eso en ese día hemos visto ante los divinos oficios una concurrencia enlutada, corazones entristecidos y ojos bañados en lágrimas. Los ministros oficiantes apenas podían contener sus sollozos, para no interrumpir los cánticos sagrados de la "Misa de requiem" que celebró el Sr. Arcediano de la Santa Iglesia Catedral, Lic. D. Manuel B. Gutierrez asistido del Sr. Cura Fr. Agustin Martinez y del Sr. Cura D. Benigno Tejeda. Inútil es decir que la misa con acompañamiento de coros y orquesta, fué una obra digna de la muy digna memoria del Prelado difunto, y que todos los profesores se empeñaron á porfía en cumplir con su deber. Durante ese tiempo la concurrencia toda guardó profundo silencio y compostura, y todos los corazones se elevaron á Dios ante el altar y el túmulo. Varios eclesiásticos ameritados dijeron misas rezadas en los demas altares del templo, mientras que en el mayor se cantaba la solemne.

Terminada ésta, subió al púlpito el Sr. Canónigo Lic. D. Ignacio Aguilar, quien recibió las últimas palabras del Illmo. Sr. Peña y le



auxilió en sus últimos momentos. Ninguna palabra era mas autorizada que la suya para hacer el panegírico del Obispo difunto. La voz del orador se dejó escuchar con la veneracion de su palabra siempre autorizada, y cada frase que salia de sus lábios, arrancaba al auditorio abundantísimas lágrimas. El Sr. Canónigo Aguilar tiene un dialecto correcto, una palabra fácil y un estilo brillante. Su voz sonora, no solo llenó las bóvedas del templo, sino que salió fuera de sus muros donde una multitud ávida de escucharle disfrutaba á su sabor de su palabra dulcísima. El orador mezcló sus lágrimas con las del auditorio suspenso y conmovido, y concluyó grabando en nuestros corazones esas frases inmortales que viven mas que los siglos. Durante su discurso hubo momentos de emocion verdaderamente dolorosa, y el que tanto se ha afanado, con los dignísimos capitulares, en guardar la memoria del Illmo. Sr. Peña, puede estar seguro de que la posteridad recojerá sus palabras, lo mismo que las del Sr. Vicario Capitulár, para grabarlas en el libro inmortal de la gratitud del digno pueblo zamorano, que sabe estimar como el que mas el trabajo, la honradéz y la virtud.

Nosotros estabamos, el dia trece, en medio de esa concurrencia inmensa, que llenaba el gran templo, y á los tristes acordes de la sonora orquesta, deslumbrados por la luz de mil antorchas, arrobados con el perfume sagrado de los fúnebres pebeteros, y sonando en nuestros oídos las dulces palabras del orador cristiano, hemos paseado nuestro pensamiento absorto por la gran Basílica zamorana. Todo está allí lo mismo que cuando vivia el Prelado difunto. Allí el altar esplen-

dente donde tantas veces celebró el Santo sacrificio de su amor y de su respeto profundo.

Allí el grandioso tabernáculo á donde tantas veces levantó su angélica mirada. Allí el ara sagrada donde tantas veces colocó sus manos venerables. Allí velada la custódia de oro, para él siempre relicario purísimo de veneracion y de fé. Allí los mismos sagrados vasos en que bebió tantas veces la vida y la luz. Allí los hermosos altares que su piedad levantó, vestidos de blanco y oro. Allí las santas imágenes de su amor y de su adoracion. Allí el libro de los santos evangelios que tantas veces enseñó á su pueblo, para mostrarle el espinoso camino del cielo. Allí la cátedra sagrada desde cuya altura dejó escuchar tantas veces la palabra de Dios. Allí las dulces armonías del órgano sonoro, que tantas veces le acompañó sus blandas salmódias. Allí sobre el túmulo de duelo su santo báculo pastoral, que empuñó blandamente en beneficio de todos. Allí su humilde mitra que llevó sobre su cabeza pensadora, y que fué colocada tristemente sobre los trofeos de la muerte. Todo estaba allí y solo faltaba él.

Es muy consolador el dulce pensamiento del cielo, cuando se vé y se palpa que la tierra llama á su centro hasta las mas elevadas grandezas. El Illmo. Sr. Peña ha pagado su tributo á la muerte; pero su memoria vive y vivirá siempre, en la presente generacion, y nuestros pósteros guardarán su recuerdo, no solo con veneracion, sino con respeto profundo. Hemos dicho, que el digno Prelado de la Iglesia de Zamora no estaba allí donde están sus obras grandiosas; pero con los ojos del alma le hemos visto en su templo, con su cabeza inclinada, con sus ojos humildes, con su paso lento y con su



mano trémula. En la vida de los negocios le vemos aún con su pensamiento vigoroso, con su alma firme, y con su corazón dispuesto al martirio, en el cumplimiento de sus sagrados deberes, que fueron su empeño continuo, mientras que tuvieron el gusto y la dicha de verle sobre la tierra. Cuando era necesario, esa cabeza inclinada por los años, se levantaba como la de Isaías, para cumplir con los mandatos de Dios. Cuando era necesario, esos ojos humildes brillaban como los de Moisés ante la zarza encendida. Cuando era necesario, sus débiles pasos salvaban las distancias y escalaban las alturas con el vigor de los hijos de Israel. Cuando era necesario, su débil mano empuñaba con vigor su báculo digno, como lo llevaron siempre los descendientes de Leví. Cuando era necesario, su débil palabra tronaba en el púlpito como la de Josué en los campos de Jericó, condenando la impiedad y castigando el vicio. Siempre fué notable para todos, que esa vida octogenaria se encendía innumerables veces como un relámpago milagroso y brillaba mas que el sol. ¿Por qué podía tanto esa palabra temblorosa? ¿Por qué ese corazón débil palpitaba con tanta fuerza en momentos supremos? ¿Por qué esa alma al parecer débil, ostentaba tanto brillo? ¿Por qué tanto vigor y tanta fuerza, en un cuerpo que se inclinaba á la tierra? La respuesta de estas preguntas no la dá el mundo y solo las contesta el cielo. Ese Santo varón caminaba siempre guiado por la fé y protegido por la esperanza. En la fúnebre ceremonia de los días doce y trece del presente, nosotros le hemos visto lo mismo que toda la concurrencia con los ojos del alma. Hemos visto flotar su blanca vestidura de ángel, entre mil nubes de incienso.

Hemos visto sus ojos brillando como las estrellas ante el trono de Dios. Hemos visto sus manos juntas pidiendo piedad al cielo para sus hijos agradecidos, y aún para sus enemigos mismos. Las oraciones del Santo Prelado que fueron antes nuestro mejor consuelo, son hoy mas que ayer aceptables al Todopoderoso. Antes oraba por nosotros un virtuoso sacerdote y un dignísimo Prelado. Hoy nos protege desde el cielo un ángel del Señor. Lo creemos así los que aunque malos adoramos al Dios de nuestros padres, y sabemos á plena luz, que el Illmo. Sr. Peña fué un hombre ejemplar y un sacerdote dignísimo. Sus pasos no se encaminaron nunca, sino por el sendero del bien. Su corazón no palpité nunca, sino para alcanzar la corona de los justos. Su alma no brilló jamás sino á la luz de la fé. Nuestros votos fervientes son y serán siempre por el eterno descanso de su alma justa.

No es de nuestro objeto ni tenemos tamaños bastantes para escribir la biografía del Obispo difunto. Tampoco nos proponemos, ni podríamos aunque quisiéramos hacer su panegírico. Describimos y pintamos, en toscas líneas sus honras fúnebres, y nada mas. Sin embargo no podemos escusarnos de decir, que el Illmo. Sr. Peña vivió y murió en la mayor pobreza. Sus vestidos de púrpura, encubrían el tosco lienzo de su humilde abrigo interior, su mesa era también humilde, y en ella tenían asiento preferente al suyo los pobres y los desgraciados. Su lecho ordinario era de madera blanca, y fué prestado el que le recibió en sus últimos momentos. A pretesto de demandarlo su salud tomaba siempre los alimentos mas frugales y creyendo todo incesario para él, su casa episcopal, en su desmantelado interior valia menos



que la chosa del desgraciado labrador. Su lujo consistía en pocos y escojidos libros, en unas cuantas pinturas sagradas de verdadero mérito, y en un Santo Cristo romano cuyos pies bañó innumerables veces con sus lágrimas cristalinas.

El Illmo. Sr. Peña ha muerto despues de haber hecho grandes obras para el porvenir de su Diócesis. En el Cabildo eclesiástico deja en primer lugar á un sacerdote anciano que se inclina á la tierra cargado de años y de servicios; en segundo lugar á un orador que es la gala del púlpito zamorano, y que bien podria brillar en una altura mayor; en tercer lugar á su antiguo Gobernador de la Mitra, actual Vicario Capitulár, digno por mil títulos de la estimacion general: en cuarto lugar á un sacerdote dignísimo, que es la virtud misma y que heredó el espíritu y el corazon del difunto Obispo; y en quinto lugar á un antiguo monje zapopano de costumbres sevéras y de intachable conducta. Ha dejado en todos sus curatos eclesiásticos laboriosos, virtuosos y dignos, que trabajan con empeño por multiplicar el pasto espiritual de las almas y la pureza de las aguas vivas. En el Colegio Seminario, que mereció todo su anhelo, deja profesores instruidos y honrados, capaces de coronar todas sus esperanzas. Ha muerto el Sr. Peña dejando sembrada en el vasto campo de su Diócesis la buena semilla, que cultivada con esmero dará al porvenir frutos de bendicion.

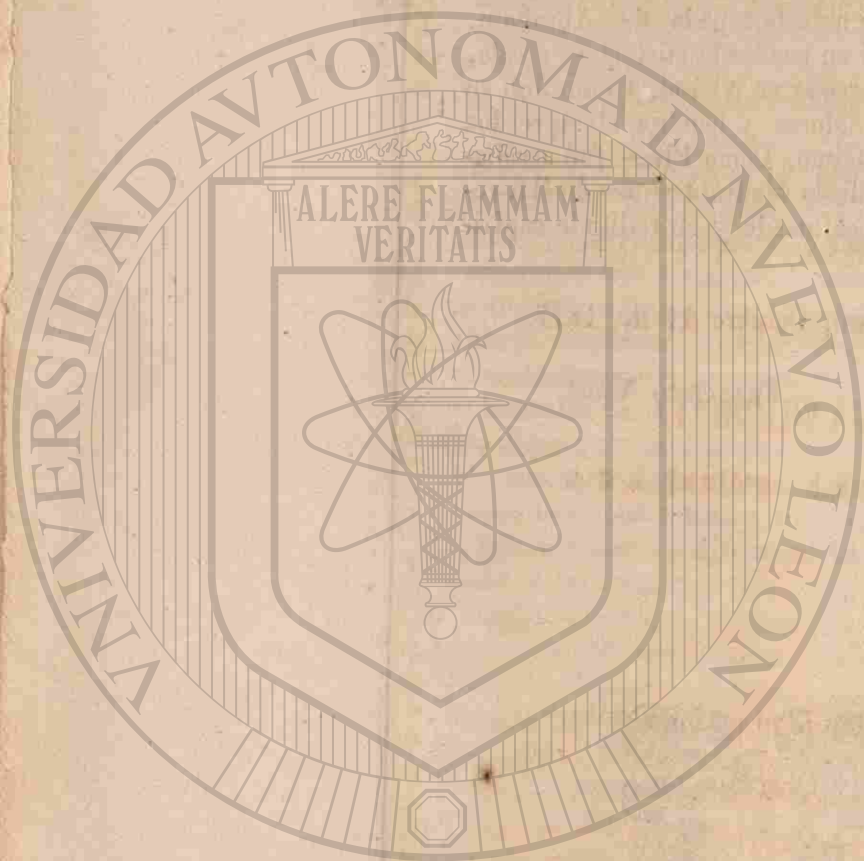
Unas cuantas palabras mas y habremos concluido este imperfecto trabajo, que bien quisiéramos fuera digno del personaje á que le consagramos. Nuestro Obispo difunto era un santo. Su háculo florecio y dió frutos de bendicion como la vara de Aaron. Como David dominó al

Leon y mató al gigante. Como Saul venció á los enemigos del pueblo de Dios. Como Isaac inclinó la cabeza ante la espada de Abraham. Como Jacob vió en sueños la misteriosa escala, que acaba de repasar su virtud. Como Job se resignó con sus dolores y bendijo siempre los decretos del Altísimo. Como Elías fué arrebatado al cielo, y Eliseo vendrá despues de él á recibir su manto perfumado y su radiante espíritu profético.

Zamora, Octubre 14 de 1877.

FRANCISCO VACA.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# FUNEBRIS ORATIO

IN SOLEMNIBUS PISQUE FUNERIBUS

ILLMI. D.D.D. ANTONII

DE LA PEÑA Y NAVARRO

DIE DECIMA TERTIA OCTOBRIS

IN CATHEDRALI

ECCLESIA PROLATA

—A—

*Joanne P. Carranza.*

EJUSDEM ECCLESIE CANONICUS

ET DIOECESIS

VICARIUS CAPITULARIS.

ZAMORÆ.

Ex Typ. J. M. T. Maldonado.

1877.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

**A**d quæ pervenimus tempora, Auditores Amplissimi? Quæ nos hodie tristissima circumstant, ut præterita jam civilis illa et quasi domestica turbatio, quæ tot malorum calamitatem nobis attulit miseris, in effundendis nunc lacrymis maximam occupationem teneamus? Proh dolor! Heri magna nostri animi lætitia, et gratitudine maxima, in hanc sacram detinebamur Basilicam; sive ad vocem dilectissimi Pastoris audiendam, sive ad ipsiusmet sanctam recipiendam benedictionem, quæ peccatorum vincula solvens, æternæ felicitatis portas aperiebat, et in filiorum Dei adoptione, benigne, nos, et sollicite constituebat; hodie vero, vitam istam miserrimam degentes, tantis illis commodis tantisque bonis arreptis, oculos nostros frustra tendimus circumquaque, quasi solamen aliquod nostro animo consequeremur et pacem..... Gaudium vero et lætitia non nobis..... Illus. enim D. D. D. Antonius de



la Peña y Navarro, hujus sanctæ zamorensis Ecclesiæ dignissimus Præsul; a quo spiritualibus constanter, et utilissimis reficiebamur alimoniis; qui, rebus in adversis, fuit semper nobis maxima consolatio, vita discessit, ut amplius eum oculi nostri non videant.

Quis temperet a lacrymis hoc triste quod nobis accidit ad memoriam revocando? Quis in coelo suos non dirigat oculos, ut si fieri possit, dilectum suum ac desideratum videat, suam sanctam demandans benedictionem? Proh dolor, iterum iterumque dicam! Nostris autem fletibus, semper nostras madeferi maxillas videbimus, et ultra, nobis, non erit consolatio, quia Pontifex noster carissimus non est? Absit á nobis hoc!

Ut certum, enim, et infallibile quoque teneamus, quod in memoria æterna erit justus; et hoc maximæ nobis consolationis erit et letitiæ; certi enim, de justitia sumus nostri dilectissimi Pastoris, ac de ipsius quoque sanctitate convicti, et quasi evidentia de hac nostra certitudine veniet, si illius præclarissimi Viri, vitam ipsam ab ineunte sua ætate, usque ad suam laudabilem senectutem, nobis liceat spectare. Aperte dicam: justus non moritur; ex hac mortali vita migrat, sed ad æternam pervenit et immortalem. *Justi enim in perpetuum vivent.*

Hinc evenit, Fratres mei dilectissimi, ut nos, hodierna die, in harum rerum conspectu, quæ nihil præter moerorem ac tristitiam animum afferant, alte loqui de virtutibus possimus ac de cæteris ornamentis quoque, quibus dignissimus Præsul divinitus fuerit decoratus; et quod in hac etiam numquam satis deploranda jactura, alicujus nobis sit levaminis, in coelis, gloria et honore coronatum dilectissimum contemplare Pastorem. Acerva consolatio, dum bonum per-

ditum in memoria existit, et etiam de corde, dolore attrito, non recedit; sed consolatio tamen, utpote filii omnes de gloria congratulantur parentum.

Videamus igitur quis fuerit in vita Præsul, ut mea jam finienti oratione, clarissima gloria circumdatum in supernis, fidei oculis, illum demiremur intenti.

Vos scitis, A. A. me, in dicendo, nec quidem mediocriter esse versatum, ut apposite de objecto jam proposito et indicato loquar: vestra, igitur, indulgentia fidens, parce dicam.

Ante omnia existimo, et vos mecum existimare debetis, quod inter præclarissimos viros, neminem certe, nostris laudibus dignum esse arbitramur, nisi eos quorum vita perspecta in rebus fidei, et magnis Ecclesiæ negotiis, et quos aliquo honore affectos observare et colere debemus. Illi autem sunt Episcopi, quos Spiritus Sanctus posuit regere Ecclesiam Dei.

Inter illos, enim, maxime veritatem illam perspectam habemus, quam Sacræ Litteræ nobis firmissimam tradunt, et quam nullus certe, qui catholicam profiteri doctrinam, non erubescit, hodie inficiari aut in dubium tenere, ausus sit; Deum, scilicet, prout vult, suas inaestimabiles gratias, suaque etiam desiderata charismata creaturis impartire decrevit quæ sunt ad vitam æternam præordinatæ.

Unde mirabilis illa exurgit similitudo, qua electi suo exhibentur Exemplari Divino conformes, cæterisque altiores nostram admirationem simul et æmulationem excitant. "Quos Deus enim elegit, et quos prædestinavit, illos et conformes inveniet imagini Filii sui."



Quis autem in præclaro nostro et egregio Antistite prædestinationis non vidit argumentum? Quis illum adhuc viventem, Virum rectum, justum, et sanctum non proclamavit?

Talia enim nos ipsi signa vidimus, nobisque talia de illius sanctitate notissima fuerunt testimonia, ut non raro evenerit, quod illius conspectu, intus diceremus convicti: "Ecce fidelis servus et prudens quem constituit Dominus super familiam suam." Ecce unus illorum quos Deus, elegit ad suam sanctam regendam Ecclesiam: Ecce justus ad æternam memoriam destinatus, quoniam in memoria æterna erit justus.

Sic nobis, quibus notissimus Vir ille fuit perillustis, olim dicere licebat; et sic nobis hodie, in amaritudine animae nostrae, licet illud ad memoriam revocare. Novimus enim nos moderationem animi sui et equitatem; novimus et virtutes illas, et quasi vidimus facultates ipsas, quas Spiritus Sanctus in suis mandat electis in tanto ministerio et exercitio.

Non mirum igitur, si sanctitatis suae praeclarissima fama non in hac tantum sua Dioecesi fuerit notissima, sed etiam tota nostra pererebuerit Republica.

Qualis igitur, carissimus noster fuerit in vita, nobis non nisi post illud lamentabile casum licet hodie percontari.

Nostri igitur, Pastoris gloriam, non a suis proavis ducendam existimamus; eujuscumque enim illi fuerint, ipse suis propriis magnalibus, tum Ecclesiae, tum societatis, se praebuit honoribus dignus.

In hac civitate natus, piorumque parentum cura educatus, ac primariis rudimentis imbutus, non suis tan celeriter facultatibus, ut maxime optabat, ad Gymnasiorum aulas convolare fuit permissum.

In paternam itaque domum usque ad vigesimum annum fuit detentus, honestisque interea laboribus deditus; hoc autem impleto tempore, divina magis Providentia fretus, ad vallisolitana civitatem, quae hodie Morelia nuncupatur, perrexit; et in Seminario illo, memorabili semper, verae ac solidae civilisationis clarissima fonte et origine, idiomatum scientiarumque culturae omni studio potuit incumbi.

Quod in his profecit, non est hic tradere vobis, si ad memoriam facile veniat, quod breviter inter professores fuerit ille nominatus, et quod in maximo honore esset, lectiones ab illo audire, et ipsum appellare magistrum; altiore enim, cæteris adeo se constituit, ut inter illius temporis discentes, et inter professores etiam, nullus inveniatur, qui ipsius normam sectari, et tamquam honorificum exemplare, sibi proponere illum non existimaret. Non est autem quod hic immoremur; ad majora enim, nostra debet tendere oratio. Videamus, igitur, quantum nobis licet, sacerdotem magnum, qui in diebus suis placuit Altissimo.

Vos scitis A. A. sacerdotii munus, suapte natura, adeo excelsum esse, hominumque facultates excellere, ut non, nisi angelicis concentis extolli, aut ejus praestantiam enarrare, dignum esse judicetur. Illud enim de coelo, humanitatis favor, ad nos descendit; ipsius itaque dignitatem supra angelicas ipsas creaturas, Sacerdos in aeternum Jesus Christus D. N. amantissime constituit; et hinc ut homo ipse sacerdos factus, ultra davidicum illud prolatus pergat, non paulo minus ab Angelis, sed multo illis superius gloria coronatus et honore, se constituat et sit.

Magna humanae naturae dignitas! quae superat omnem sensum, quoniam, usque ad deifica-



tionem, humanam perducit naturam. Sacerdotibus enim est dictum: "Ego dixi, dii estis."

Ad praeclarissimam hanc et inefabilem dignitatem, noster vigilans Pastor, et amantissimus Pater, fuit evector, et in ipsam providenter fuit etiam constitutus.

Multum ille de capessendo cogitaverat statu; et etsi morum quam omnes noverant gravitas, ingenium ad quaevis sancta tractanda et justa, in quavis actioni relucens, ad Sacerdotium esse vocatum, omnes asseveraverint, ille in tanti momenti negotio, maturé voluit perpendere, ac die noctuque versari, dum divinam quam postulabat novit voluntatem. Nec aliter esse potuit; cum magna caritas, probata fides et spes firmissima in illo relucerent. Sed caritas illa, quam Apostolus describit; benignam, prudentem, sobriam, quae non quaerit quae sua sunt, sed quae Jesu-Christi. ¿Quandonam enim pauper, suis miseris, cor illud reperit clausum? ¿Quandonam maximam illam miseriam, qua homines in peccatis detinentur, suis curis vigiliisque vacare vidimus? ¿Quandonam vulnera illa cernens, quibus homines Dei inimici constituuntur, amaré non flevit, et reconciliationis purissimum oleum effundere protinus non tentavit? ¿Quoties, enim nos ipsi vidimus, fidelium fletibus, suas miscere lacrymas! ¿Quoties illas largiter effudit, corda illa durissima palpans, quae nec compunctione moliantur, nec precibus moventur, nec minis ipsis cedunt! ¿Sed quo vado? Vos testes appello qui pluries in hac ipsa cathedra, illum errores insectantem, et vitia objurgantem vidistis. Ad memoriam vestram quaeso, ut illud nocturnum latrocinium et nefandum veniat, quo omnes fuimus contristati: de sacrilegio illo loquor, ac memorabili semper, quo, de Sanctua-

rio ipso, Sanctus Sanctorum ablatum, et res sacras, perversissimi homines, suis sacrilegis manibus, deportavere. Tunc illum exclamare audivimus, et cum Magdalena dicere: "Si vos scitis, dicite mihi locum ubi posuerunt Dominum meum." En fides et caritas simul in tanto ac venerando Sacramento! Virtutes quas ab ineunte sua aetate coluerat, et quas usque ad suam laudabilem senectutem assidue coluit, ac magno semper existimavit praetio.

In Sacerdotio autem propitium invenit tempus, ut non sui tantum, sed fidelibus cunctis fuerint illae desideratae.

Hinc, ut in tribus, quas regendas, Pareocis, successive fuerunt creditas, tot ejus fuerint caritatis monumenta, quot fuerunt etiam ejus vigiliis comissi fideles, qui omnes, in posterum, bonam de suo Parocho relinquerunt notitiam, bonamque famam suis posteris tradiderunt.

De ejus in caeteris agendi ratione, si dicere velim, et super omnia, de ejus in rebus difficilissimis dexteritate, meum tempus, ac vestram attentionem tereret, et ad suam excelsam in Sacerdotio dignitatem, mea non festinaret oratio.

Satis nunc si dicamus; quod Superiorum plausu, magnoque fidelium proventu, ovile comissum gubernavit et pasciit.

Dignissimus, igitur, in magnis ac difficilissimis negotiis fuit inventus, et dignissimus quoque, ut ad Ecclesiae Cathedralis Capitulum, fuerit vocatus, et inter ejusdem capitulares, omnium gratulatione, fuerit numeratus. Pauper de Seminario ad Paroeciam venit, et pauper etiam, non obstantibus ditissimis, quas tunc parochi pollebant commodis, ad pre-



bendam redidit pauperrimus, suis ovibus antea, magna quae lucraverat, distribuens emolumenta.

Vir ille doctissimus Joannes de Portugal, et notissimus etiam, qui tunc, ad Mechoachanensem regendam Ecclesiam, fuerat providenter constitutus, virtutes omnes, quibus Antonius divinitus erat praeditus, noverat accurate, et dotes etiam, quae ad illam, tunc bastissimam ditionem regendam, fuerint desideratae, in illo etiam repertae fuere, ut non in Capitulo tantum, ut Episcopi Consultor, existeret, sed ipsum Dioecesis perdifficile gubernium committeretur, quasi honorificum, quo ad excelsam hanc et praeclaram episcopalem dignitatem, in posterum evectum iri, commostraretur praeludium.

Ex tunc jam, quod postea in Episcopatum zelum commostraravit, omnium gratulatione, coepit Dioecesim illam invigilare.

Dies illae felicissimae, etsi aliquantisper ejus perturbata felicitas, velut umbra transierunt; postea autem, amarissima veniunt probationis momenta, in quibus probata fides, animique robur nostri sacerdotis enituit, dum ad veritatis defensionem, errores insectantium autoritatem, fortiore animo restitit, et pro Ecclesiae jura tuendi, ac custodiendi munere, in exilium, tot illorum rabies effrenatorum hominum passus, submitte pergit.

Nihil de illa qua tunc polebat valetudine dicam, quae vix illi de lecto surgere sinebat, ut improbum illum et incommodum sustentaret laborem. Nihil etiam de ipsius aetate loquar, quae ad senectutem attingere videretur, ut suis jam defessis viribus, iter illud faceret quaestosum.

Et in exilio tamen tendere visum, nihil aliud

nisi patientissimi Job eslatam proferens: "Sit nomen Domini benedictum."

Quod in eo fuerit ille perpessus tempus non est enarrare; ad finem enim jam hujus orationis attingimus.

Præclarissimarum illarum virtutum nitor, et splendor optimus, in Vaticana tandem refulsit, et Pontifex Noster Maximus, bene de his informatus, Antonium, primum, in partibus Drusiparæ Episcopum creavit, et Mechoacanensis simul Archiepiscopi coadjutorem. Humillime vero Antonius de se ipso sentiebat, ut non sine magna animi conturbatione, hoc perillustre illi contigisse credat: primum itaque quod sua mente revolvit, jacere fuit, ad pedes S. S. Patris, provolutus, suam propriam indignitatem, suamque, ut ille inquebat, magna animi sinceritate, debilitatem, ad hoc suis humeris onus recipiendum.

Dominus autem, qui sustinet omnia fortiter et disponit omnia suaviter, omnia quoque conciliat et ad finem perducit intentum.

Hinc, ut Electus de altissimi honoris cogitaret demissione, eo ipso tempore, quo ad aures Petri, Mexicanorum et illustrissimorum Antistitum, vox illa perveniebat, de infelicissimo Ecclesiarum statu accurate informantes, ut pervigiles milites in hac ditione augerentur, qui adversus impietatem strenue decertarent, catholicam propugnantes doctrinam.

Ex tunc, Dioecesis hæc nostra nomen suum meruit audire, et hæc Zamorensis civitas, relicta cæteris oppidis, Pius IX. Pontifex Maximus illam ad civitatis Episcopalis fastigium evehexit et attulit, ut honoribus cunctis, gratiis privilegiisque quibus cæteræ episcopales civitates in hac nostra Republica gaudebant et ipsa quoque gauderet. Et hæc ipsa Ecclesia, quæ fidelium



pietas, in paroeciam destinaverat, incipit tunc etiam sedem habere splendidam, et episcopalem Cathedralam privilegiis eunctis pollentem, quibus mexicanæ cæteræ cathedrales Ecclesiæ ab antiquitate pollebant.

Et ex tunc etiam, I. D. D. Antonius de la Peña y Navarro, primus hujus novæ sponsæ fidelissimus quoque sponsus fuit à Deo per Pontificis Maximi memoriam electus.

¡O tempora illa felicissima ac nostri beatissima valde quibus ad nos usque tantorum bonorum pervenit felicitas! ¡O vox illa dulcis quæ auribus nostris adhuc gratulata perdurat, cum Pontifex noster ac dilectissimus Pius magnalia fecit nobiscum, et ad hanc novam informandam Ecclesiam virum probum, justum et sanctum elegit!

Venit dies tandem A. A. et electus episcopus ad sacerdotii plenitudinem quoque venit. Nos autem intenti nullam requiem et levamen nullum habebamus, nisi in medio nostri, nostrum videremus Pastorem; mors vero crudelissima ab initio cor nostrum vulneravit; ex nostris enim tentavit auferre pastorem. Hæc cum nos audivimus, pertinuimus valde, et elanguit cor nostrum, nec remansit nobis spiritus ad nostrum videndum Antistitem. Dominus autem, videns afflictionem populi sui, mortis illud revocavit decretum et ad nos Præsuli, permisit venire, ut verbo et exemplo viam salutis æternæ nobis tutam commostraret.

¡O dies illæ desideratæ valde, quibus hæc nostra sancta Ecclesia ad dilectum suum recipiendum læta sua tempora ornabat! ¡Cum tota hæc civitas ad ejus portas festinabat gressus, ad sui pastoris amantissimi celerandam præsentiam, ut suo amplexu suaque benedictione in viam pacis ingressa, ipsa videretur tranquilla!

¡Me miserum! ¡Quem ad finem hæc amarissima ad memoriam veniunt.....?

Talis autem est humanæ mentis conditio, ut ad memoriam trahere, et in ipsa omne appetat revolvere quod amissi boni dolorem ipsum crescit et auget.

Dies illæ venerunt et nobis ipsis cernentibus licuit exclamare: ¡Quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona!

In communi vero lætitia singulorum et bonorum expectatione, id unum angebat universos, chari Pastoris vitam, et cum illa gregis felicitatem (ut in simillimis illustris quidam inquietabat orator) celeri letalique ictu finire, priusquam diuturni regiminis ac florentis bona consequeremur. Veruntamen Supremus mortis et vitæ Dominus, præciosam Antonii vitam servavit plusquam nobis erat sperandum.

Duodecim quidem annis (ærumnis plenus) hanc Dioecesim gubernavit; et duodecim annis quoque, in omnium admiratione fuit. Nulla fuit illi requies, levamen nallum ad suorum fidelium procurandam salutem: ad suæ Ecclesiæ regimen stricte servandum, et ad Ecclesiasticam disciplinam suo primitivo custodiendam vigore. Sed dies illæ beatissimæ ac nunquam rediturae transierunt. Jam non in posterum nostri oculi Pastorem, pro suo munere adimplendo, in suæ Dioecesis visitatione videbunt. Vox illa, vitiorum objurgatrix, non audivitur à nobis. Charitas illa indefessa, et benigna pariter, qua omnes eramus in pace evangelizati, præterit velut umbra, gratissimam tantum sui derelinquens memoriam.

Clamitent nunc increduli, clamitent obdurati, quorum convitia ille constanter redarguit.

Interim, hæc Ecclesia plorat, viduata pasto-



re. Et ipse quoque sacerdos plorat suum patrem amissum, et quoque fideles omnes ululant pariter; hoc est enim tempus ad fletum destinatum in superis. Vos quoque plorate juvenes in Seminario discentes. Patrem amissistis bonum, qui maximo vos dilexit amore.....

Parcite mihi, Domini, parcite mihi. Videbatur mihi hanc Ecclesiam jam in posterum desolatam videre, et Pius non veniebat in mente, qui hanc ipsam creavit Ecclesiam. Pontifex noster maximus, catenis vinctus, adhuc loquitur: ille nostrum lenibit dolorem, et immaculatam hanc servabit Ecclesiam.

¡Sed praeclarum illum Antistitem non vidimus, qui tantis nos bonis cumulavit! Satis illum inter nos adspeximus, ut hodie in coelis fidei oculis aspectemus. Vivens ille inter mortuos, translatus est ad vitam sempiternam. Justus enim fuit, et justus in perpetuum vivet et apud Dominum est merces eorum.

Hoc aliter contigisse, nos certe unquam credere oportet. Vir ille praeclarissimus, fidelis usque ad mortem repertus, potuit Judici Supremo cum Paulo dicere: "Bonum certamen certavi, cursum consumavi, fidem servavi." Ut simplex fidelis, promptam obedientiam praestavit: ut sacerdos et pontifex, nulli secundus extitit.

Dignum fuisse arbitramur, consolationis illam audire vocem, coronam justitiae in aeternum concedentem: "Euge serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituiam; intra in gaudium Domini tui."

Nos ita fuisse gloriamur et Deum Patrem misericordiarum deprecamur, ut, in sempiterna pace, feliciter requiescat. Amen.

ORACION FUNEBRE  
DEL ILUSTRISIMO SEÑOR DR. D.

J. ANTONIO DE LA PEÑA

Y NAVARRO,

PRIMER OBISPO DE LA DIOCESIS

DE ZAMORA,

PRONUNCIADA

El día 13 de Octubre de 1877, en la Sta. Iglesia Catedral

POR EL PRESBITERO LIC.

D. IGNACIO AGUILAR

Ignóigo de la misma Sta. Iglesia.

ZAMORA:—1877.

Imprenta de J. M. T. Maldonado.



re. Et ipse quoque sacerdos plorat suum patrem amissum, et quoque fideles omnes ululant pariter; hoc est enim tempus ad fletum destinatum in superis. Vos quoque plorate juvenes in Seminario discentes. Patrem amissistis bonum, qui maximo vos dilexit amore.....

Parcite mihi, Domini, parcite mihi. Videbatur mihi hanc Ecclesiam jam in posterum desolatam videre, et Pius non veniebat in mente, qui hanc ipsam creavit Ecclesiam. Pontifex noster maximus, catenis vinctus, adhuc loquitur: ille nostrum lenibit dolorem, et immaculatam hanc servabit Ecclesiam.

¡Sed praeclarum illum Antistitem non vidimus, qui tantis nos bonis cumulavit! Satis illum inter nos adspeximus, ut hodie in coelis fidei oculis aspectemus. Vivens ille inter mortuos, translatus est ad vitam sempiternam. Justus enim fuit, et justus in perpetuum vivet et apud Dominum est merces eorum.

Hoc aliter contigisse, nos certe unquam credere oportet. Vir ille praeclarissimus, fidelis usque ad mortem repertus, potuit Judici Supremo cum Paulo dicere: "Bonum certamen certavi, cursum consumavi, fidem servavi." Ut simplex fidelis, promptam obedientiam praestavit: ut sacerdos et pontifex, nulli secundus extitit.

Dignum fuisse arbitramur, consolationis illam audire vocem, coronam justitiae in aeternum concedentem: "Euge serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituiam; intra in gaudium Domini tui."

Nos ita fuisse gloriamur et Deum Patrem misericordiarum deprecamur, ut, in sempiterna pace, feliciter requiescat. Amen.

ORACION FUNEBRE  
DEL ILUSTRISIMO SEÑOR DR. D.

J. ANTONIO DE LA PEÑA

Y NAVARRO,

PRIMER OBISPO DE LA DIOCESIS

DE ZAMORA,

PRONUNCIADA

El día 13 de Octubre de 1877, en la Sta. Iglesia Catedral

POR EL PRESBITERO LIC.

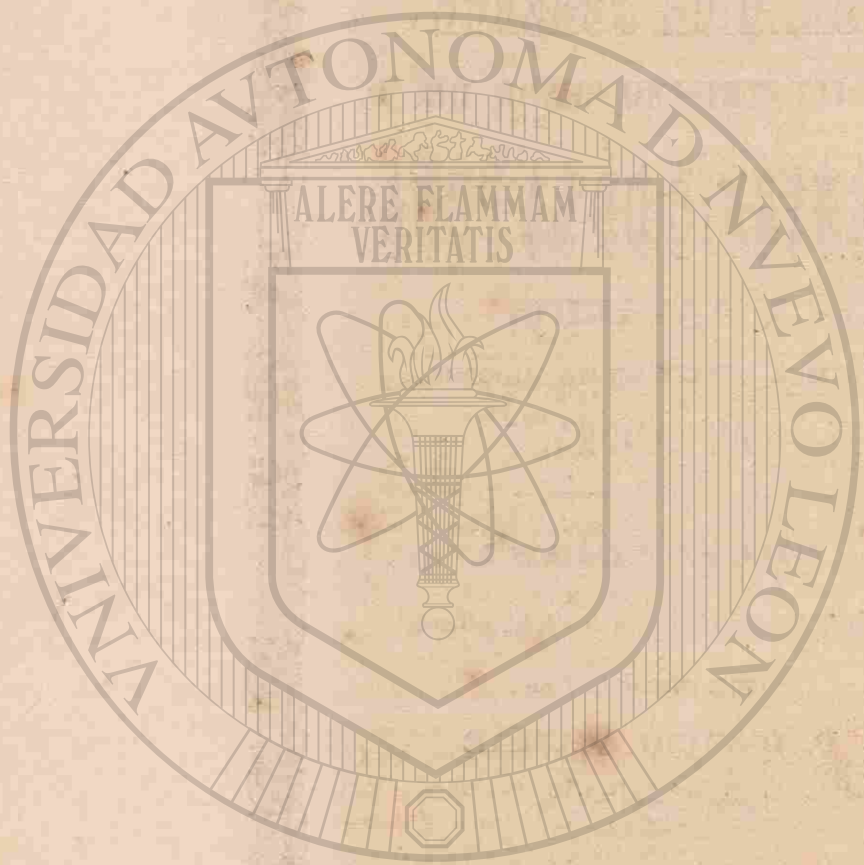
D. IGNACIO AGUILAR

Ignóigo de la misma Sta. Iglesia.

ZAMORA:—1877.

Imprenta de J. M. T. Maldonado.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Operatus est bonum, et  
rectum, et verum in uni-  
versa cultura ministerii  
domus Domini. . . . . et  
prosperatus est.  
LIB. II. PARALIP. CAP. 31 v. 20.

Obró todo cuanto era  
bueno, recto y verdadero  
en orden al ministerio de  
la casa del Señor; y todo  
le salió felizmente.

SEÑORES:

¿Quién me conduce hoy delante de voso-  
tros? ¿Qué impulso secreto me hace su-  
bir á esta cátedra sagrada, en la cual solamen-  
te debe resonar la palabra de vida y la voz del  
Espíritu Santo? ¿El móvil que tanta fuerza  
desplega sobre mi alma, es por ventura, el sen-  
timiento de la gratitud, de la amistad, del res-  
peto humano. . . . ?

No, H. M. no la carne, ni la sangre, no  
el respeto de los hombres, ni la vanidad del  
siglo, son los resortes secretos que conmueven  
los sentimientos de mi alma. Hasta hoy, no  
se han extinguido del venerable cuerpo leví-  
tico las ceremonias antiguas, ni se han agota-



do aquellos tesoros de piedad, con que nuestros mayores ofrecían sus lágrimas sobre el sepulcro de sus antepasados. Hay un deber sagrado y un vínculo eterno, que obliga al ministro del santuario á orar en todo tiempo delante del pueblo: hay una mano poderosa, que dirige nuestros destinos, señala los acontecimientos y mide la carrera del tiempo contando los siglos: hay, en fin, un Dios que dispone sabiamente todas las cosas y las ordena para nuestra felicidad y para la grandeza de su gloria.

En otras épocas, yo he venido aquí para encender en vuestros corazones la llama refulgente de la caridad cristiana, teniendo á la vista la imagen del Obispo de Turs. Otras veces, la luz purísima del Evangelio penetrando en este santo Templo, como la luz de la naciente aurora, ha disipado las tinieblas del error; y vuestra fé, como la de Pedro, ha servido para confirmar la de vuestros hermanos que profesan la doctrina saludable de Nuestro Señor Jesucristo. Y, cuando el campo se ha cubierto de flores, los jardines de azucenas y los huertos de azahares; entonces, yo he visto que vuestro espíritu se ha levantado en alas de la santa esperanza, cantando dulces himnos y sentidas canciones de amor á la Madre de Dios.

Mas ahora: ¿Cómo vengo á vosotros? ¿Cuáles son los sentimientos que me animan? ¿Qué pretendo y á donde voy . . . ? ¡Ay, Hermanos Carísimos! Mi corazón oprimido de tristeza, mi garganta obstruida y anudada por el dolor, mi voz trémula y mis ojos derramando lágrimas, están, ya, demostrando: que aquí hay un objeto querido que exige de nosotros, no solamente nuestras lágrimas, signos sensibles de nuestra gratitud; sino, también, nuestras ora-

ciones y súplicas, que son los caracteres de nuestra piedad y del Sacrificio propiciatorio de nuestra Augusta y Santa Religion! <sup>1</sup>

Comprendo, señores, que la sagrada misión que hoy vengo á desempeñar cerca de vosotros, os es bien conocida; porque es imposible, que la herida abierta en el corazón de esta gran familia haya cicatrizado en unos cuantos dias, que los sentimientos de dolor se hayan borrado del alma, y que las fuentes de lágrimas se hubieran secado tan pronto.

Yo no puedo creer, que este Ilustre y Venerable Cuerpo Eclesiástico, que este respetable Colegio Seminario, que este concurso ilustrado y piadoso; en fin, no puedo creer, que Zamora olvide jamás aquel dia mil veces triste y lamentable, en que yo, favorecido por Dios, pude llegar á las puertas de esta Santa Iglesia Catedral, y decir á mis padres y hermanos lo que los pastores de Dothain dijeron al desgraciado Jacob: "Esta túnica la hemos hallado; mira si es ó no la túnica de tu hijo . . . ! *Hanc invenimus: vide utrum tunica filii tui sit, an non.*" <sup>2</sup>

Mas, ¡ay de mí! . . . ; Cuán distinta y dolorosa fué la escena, que á las cuatro de la tarde de aquel dia, tuvo lugar en este recinto sagrado! A Jacob le presentan la túnica ensangrentada de José; y yo, mudo por el dolor, desfallecido por el llanto y con mis manos trémulas extendidas sobre un humilde féretro, os presento los restos venerables del Esposo queridísimo de esta Santa Iglesia! A Jacob se le engaña con la sangre de un cabrito muerto expreso por los pérfidos hermanos de José, y no pudiendo el desgraciado patriar-

(1) Trident. sess. XXV: cap. 7.

(2) Genesis cap. 37 v. 32.



ca descubrir el crimen, ni sospechar el engaño de que era víctima, rasga sus vestidos, se cubre de cilicios y derramando copioso llanto, dice: "¡La túnica de mi hijo es, una bestia feroz le ha devorado..."<sup>1</sup> A vosotros: ¡Oh cruel realidad! no es un manto teñido en sangre el que os entrego. ¿Veis ese ataúd, cubierto con el paño fúnebre y con la cruz enrojecida por la muerte? ¿Veis á ese pueblo que llora? ¿Reconocéis á esa juventud?... ¡Allí va el cuerpo exánime del primer Pastor de esta dolorida Grey! ¡Hé aquí, os dije, esta mitra, este pectoral, este báculo y este Libro de los Evangelios...! son los únicos restos encontrados en el campo de la muerte!.....

Entonces: un silencio sepulcral fué interrumpido por el doloroso llanto de todo el pueblo! ¿Lo recordais...? Decidme: ¿Quién de vosotros pudo siquiera pronunciar un salmo? ¿Qué corazón resistió al terrible golpe que la muerte descargó sobre Zamora? ¿Qué sacerdote no ha sentido hecho pedazos su corazón y llena de amargura su alma, al recibir el cadáver de su amado Padre y Prelado? ¿Quién de vosotros, hermanos míos, no decía: "Hemos quedado huérfanos sin Padre, sin Pastor, sin Prelado y Protector:" *Pupilli facti sumus absque Patre?*<sup>2</sup>

¡Oh muerte! oh muerte! cuán severa es tu conducta! cuán riguroso tu tribunal! ¿Qué has hecho con nosotros? ¿Contra quién armaste tu brazo? ¿Porqué descargaste el golpe contra el Ungido del Señor? ¿Qué viste en este Príncipe de nuestra Iglesia para así precipitarlo al sepulcro?<sup>3</sup> ¿Qué, no viste el mal que tu guadaña hacía en el rebaño? ¡Oh tirana que así nos

(1) Genesis cap. 37 v. 33.  
(2) Thren. cap. 5 v. 3.  
(3) P. Calatayud orat. fúnebr.

robas! ¿Cómo no adviertes que al cortar el estambre de esa preciosa vida, cortas también nuestra fuerza, y nos entregas á los impíos y sacrílegos enemigos de nuestras instituciones, y que ellos vendrán como lobos rapaces á devorarnos y á tratarnos como á extraños?<sup>1</sup> ¡Oh muerte! ¡cuán terrible eres, y cuán amarga es tu memoria!<sup>2</sup> Porque nos despojaste de nuestra grandeza y de nuestra corona, y nos dejaste como al árbol arrancado por el viento; tendríamos este día en recuerdo de nuestra desolación. "Abstulit coronam de capite meo et quasi evulsæ arbori abstulit spem meum."<sup>3</sup>

Sí, H. M. C. no pueden haber sido otros los sentimientos que habeis tenido el Sábado 14 de Julio del presente año, en que con indecible añargura fué colocado aquí, el respetable cuerpo del Illmo. Sr. Obispo de esta naciente Iglesia. En ese día de tantas lágrimas, cada uno de nosotros, con mas propiedad que Jacob, pudo decir ante aquellos restos venerables: "Bajaré al sepulcro llorando hasta encontrar con el objeto querido de mi corazón; allí me uniré á él y enjugaré mis lágrimas; pero mientras llega la muerte, yo viviré sin consuelo consumido de dolor y de tristeza." *Descendam ad filium meum lugens in infernum. Et illo perseverante in fletu.*<sup>4</sup> Porque si Jacob no admitía consuelo para su dolor, ni tregua para su llanto á causa de la predilección con que amaba á José por haberlo engendrado en la vejez: *Eo quod in senectute genuisset eum:*<sup>5</sup> vino para él un día de luz y de gloria, en que contemplando la hermosura de su

(1) *Invadent enim gregem tuum lupi rapaces.* Off. S. Martini.  
(2) *Eccli.* cap. 41.  
(3) *Job* cap. 19 vv. 9, 10.  
(4) *Genesis* cap. 37 v. 35.  
(5) *Genesis* cap. 37 v. 2.



hijo, mitigara su quebranto y su amarga afliccion, diciéndole, al estrecharlo en sus brazos: "José, ya moriré contento, porque he visto tu rostro y te dejé vivo." *Jam latus moriar quia vidit faciem tuam, et superstitem te renliquo.*<sup>1</sup> Pero nosotros: ¿Cuándo volveremos á ver á nuestro Illmo. Prelado? ¿Cuándo le veremos en ese altar con sus vestiduras pontificales, consagrando el sacrificio para los hijos de este pueblo? ¿Cuándo oiremos sus tiernas homilias y sus palabras de consuelo? ¿Cuándo uniremos nuestros gemidos con sus gemidos, nuestras súplicas con sus súplicas y nuestros votos con sus votos?...

¡Oh dolor incomparable el de esta Santa Iglesia! Ella ha quedado como desolada viuda, sin su Esposo y sin su Pastor, sin su Cefe y sin el Padre de sus hijos! ¡Llora, pues, hija de Sion! ¡Cúbrete de luto por tan inmensa pérdida! ¡Retírate al silencio y que tus cítaras y tus órganos suspendan sus armonías! Dáale tregua á tu dolor acervo, y que tus ojos no cesen de llorar. *Dimitte ergo me, ut plangam paululum Dolorem meum.*<sup>2</sup>

Muy digno es el sentimiento de esta Santa Iglesia despues que ha depositado en ese sepulcro los restos venerables de su primer Pontífice. En tan acerbo quebranto: ¿qué otra cosa hace, sino imitar el duelo de la primitiva Iglesia? Bien sabeis, Señores, que despues de haber puesto el Santo Cuerpo de Ntro. Señor Jesucristo bajo la gran loza que cubrió el sepulcro, la dolorida y angustiada Madre, acompañada de los discípulos y piadosas mugeres, se retiró al cenácu-

(1) Genesis cap. 46 v. 30.  
(2) Job cap. 10 v. 20.

lo y se entregó completamente á todo el imperio del dolor, de la amargura y de la soledad. La Magdalena, esa muger santa, acrizolada por la penitencia, amaba intensamente á Jesucristo; y no pudiendo alcanzar el consuelo para su corazon sino junto al sepulcro, se levanta como sierva herida por el dolor de afilado dardo; corre por las calles silenciosas de la ingrata Jerusalem; al despuntar la aurora llega al monumento; y al ofrecer sus aromas y regar con sus lágrimas aquel sepulcro, lo halla vacío y descubierto; se detiene á la vista de un hombre y le dice: "¿Qué habeis hecho del Cuerpo de mi Señor, en dónde lo habeis puesto?" "Dicitó mihi ubi posuisti eum? La Magdalena vió á Jesucristo que habia resucitado, y no le conocía. "Et vidit Jesum stantem: et non sciebat quia Jesus est."<sup>1</sup>

A la vez, nosotros entregados á la inmensa y dolorosa amargura de nuestro corazon, por el triste acontecimiento que en el pueblo de Tarecuato ha tenido lugar, el Viérnes 13 de Julio próximo pasado; nos hemos congregado, como un solo rebaño, como una sola familia que llora la pérdida de su Pastor y Padre, en este verdadero Cenáculo, en esta Casa consagrada á Dios, en esta Iglesia Madre. Y para llenar los deseos de vuestro afligido espíritu y derramar vuestro llanto, buskais en mis palabras imágenes vivas y espresivas que persuadan:

La inestabilidad de las cosas terrenas, y la inmortalidad de la verdadera gloria:

La práctica de la virtud, y el aborrecimiento al vicio.

Comprendo, H. M. la difícil situacion en que me colocais; sé muy bien lo que esperais de

(1) Joan. cap. 20.



mí en este día de lágrimas y de recuerdos; y por tener que presentar á vuestro exámen, no un emblema de virtud, ni una sombra vaga de piedad, que se desvanezca al soplo leve, como sucede con las cenizas del sepulcro; quisiera dirigiros mis lúgubres conceptos, cerca, sí, muy cerca de aquel Prelado, que he visto la noche del día 13 de Julio agonizar en mis brazos. ¡Quisiera ver su noble cabeza cubierta del sudor mortal! Porque siendo él un verdadero ejemplo de virtud, me bastaría presentarlo á la vista de cada uno de vosotros; para que estudiando la regularidad de su vida, midieseis la grandeza de sus acciones.

Yo, no obstante mi poco ingenio, confiado en la proteccion de la gracia, no temo decir: que EL ILLMO SR. DR. D. JOSÉ ANTONIO DE LA PEÑA Y NAVARRO, DIGNÍSIMO OBISPO DE ZAMORA, FUÉ UN VARON ILUSTRE, QUE OBRÓ EN SU LARGA VIDA, TODO CUANTO ERA BUENO, RECTO Y VERDADERO EN ORDEN AL MINISTERIO DE LA CASA DEL SEÑOR; Y TODO LE SALIO FELIZMENTE. "Operatus est bonum, et rectum, et verum in universa cultura ministerii domus Domini..... et prosperatus est."

Hé aquí, por qué razon, yo le busco con ahínco y quisiera, como he dicho, tenerle muy cerca de vosotros que le amaistes con predileccion. Y así, permitid que os pregunte como la Magdalena preguntó deshecha en lágrimas al llegar á la puerta del sepulcro: *¿Qué habeis hecho de mi Señor, en dónde habeis colocado su cuerpo?* "Dicito mihi ubi posuisti eum?" En vano dirijo mi vista por el vasto espacio de esta Basílica.... Se me presentan objetos lúgubres y melancólicos, imágenes tristes, emblemas de dolor, sombras fugaces.

de la vida que van á perderse entre las densas tinieblas del sepulcro! Me detengo, es verdad, á la puerta de este monumento.... quisiera penetrar en su oscuro recinto, levantar los mármoles que cubren los sepulcros de nuestros mayores, tomar en mis manos sus restos mortales, y ver si entre ellos encuentro al bondadoso Padre que he perdido. Levanto mis ojos; y al reconocer sobre esa urna cineraria la mitra recamada de oro que ciñó su espaciosa frente; el báculo preciado empleado para corregir las infracciones de la divina ley; el Ephod ó pectoral, símbolo de santidad y de prudencia, que tantas ocasiones besó devotamente; al percibir el aroma de esas vestiduras pontificales; al ver ese Libro de los Santos Evangelios, tantas veces abierto delante de sus ojos; y finalmente, contemplando este fúnebre conjunto de símbeos mortuorios, me considero como el viajero frente á frente de las Pirámides de Egipto contemplando las pasadas grandezas, ó bajo las catacumbas de Roma recordando las virtudes heroicas de los confesores y mártires cuyos restos mortales guardan aquellos sepulcros; pero mi corazón, que aquí tiene su tesoro, fuertemente me impulsa á dar voces, como Raquel sobre los sepulcros de sus hijos; como Ana de Tobías en la ausencia de su hijo; como Ruben asomándose á la cisterna; como Jeremías llorando sobre las ruinas de Jerusalem....!

Mis voces resuenan en este templo, como las del extraviado caminante en las vastas soledades del desierto! Pero en compensacion y para confirmar mi acerto, se levanta una voz secreta de nuestra misma conciencia diciendo: "No os detengais buscando por mas tiempo al varon ilustre que habeis perdido; sus res-



tos venerables descansan en el polvo, y su espíritu ha volado á las mansiones de la eternidad!" Estos tristes acentos que desgarran nuestro corazón fueron pronunciados por el mismo objeto de nuestro llanto, y hoy mismo, del fondo de su sepulcro salen estas sentencias, que deberán grabarse eternamente en nuestra memoria: "Vedme aquí, ahora voy á dormir en el polvo, y mañana cuando me vengais á buscar yo no existiré: Ecce nunc in pulvere dormiam et si mane me quesieris, non subsistam."<sup>1</sup>

Hoy, H. M. aun están vivos esos recuerdos preciosos que de sus virtudes hemos recogido en su lecho de dolor y de lágrimas. Aun están aquí testigos oculares de su benignidad y mansedumbre, de su humildad y modestia, de su caridad y pureza, de su resignación, fortaleza, piedad y demás virtudes que caracterizaron al Illmo. y Dignísimo Sr. Dr. D. José Antonio de la Peña y Navarro Primer Obispo de esta Sta. Iglesia de Zamora. Hoy, aún podemos acercarnos á su cuerpo, y á la vista de él, contemplar los muchos beneficios que Dios se dignó conceder á esta ciudad. Bien podemos colocar sobre su sepulcro la flor de nuestra gratitud y la palma que los pueblos agradecidos saben ofrecer á sus ilustres libertadores. ¡Mañana, tal vez ya no existirán ni sus cenizas, como también sus recuerdos; mañana, en la caída de los monumentos y entre los escombros de esta ciudad, las generaciones venideras no hallarán esas insignias de su grandeza; todo habrá perecido, porque el tiempo lo arrastra todo al olvido y á la indiferencia! Con el mundo pasan los honores y las grandezas humanas, y nada subsiste ni

(1) Job cap. 7 v. 21.

permanece en el mismo estado.<sup>1</sup> Tal es la condición humana! "Et si mane me quesieris non subsistam." En efecto: ¿Qué ha quedado de aquellos grandes hombres que llenaron de asombro á las naciones? ¿Qué se hicieron sus riquezas? ¿En qué vinieron á parar sus conquistas? ¡Ah Señores! Pasaron como las nubes sin dejar siquiera la sombra que proyectaron sobre el mundo; pasaron como meteoros, y su huella en el azul hermoso de los cielos ya no existe! Esas generaciones bien pueden decir con Job: "Fuissem quasi non essem, de utero translatus ad túmulum."

La cuna en que se mece el hombre y el túmulo en que descansan sus restos, son como el *Alfa* y el *Omega* del alfabeto que expresa las grandezas y vanidades del mundo, ó como el principio y término de las transitorias felicidades de la vida humana en este valle de amarguras y de lágrimas. La verdadera felicidad del hombre comienza en la regeneración espiritual,<sup>3</sup> y en la adopción de hijos de Dios en la persona de Jesucristo.<sup>4</sup> La vida del hombre, considerada en el tiempo, es un soplo;<sup>5</sup> considerada en la eternidad se identifica con la misma eternidad.<sup>6</sup> El hombre terreno vuelve con el tiempo á convertirse en polvo.<sup>7</sup> El hombre espiritual no se aniquila ni perece, se hace inmortal.<sup>8</sup> Las obras espirituales son perdurables; mas las carnales son deleznales y caducas.<sup>9</sup> Hé aquí, por qué pasa la figura de este mundo, pues el hombre nace como la flor y se marchita,<sup>10</sup> y si permanece un poco de tiempo en el teatro del universo, pasa despues al túmulo y del túmulo á la nada:

(1) I. Corint. cap. 7.—(2) Sap. c. 1. 2.—(3) Tit. 3. 5 Galat 4. 6.—(4) Rom. c. 8 et 23.—(5) Job c. 7.—(6) Joan 11. c. 16.—(7) Genesis 3. 19.—(8) Eccles. c. 10.—I. Cor. c. 15.—(9) Prov. 3. v. 15.—(10) Eccles. c. 4.



*et si mane me quæsieris non subsistam.* Hé aquí, también, que la memoria y las virtudes del justo se levantan á la altura inmensa de los cielos; y aunque el cuerpo descansa en paz, su alma en la eternidad vive en el seno del Creador, su nombre va escrito, no con polvo de oro en alas de fugaz mariposa, sino con rutilantes estrellas en el fondo azul de esa bóveda celestial<sup>1</sup> y se transmite de generacion en generacion; porque el libro de la vida, semejante al firmamento, está abierto para todos los pueblos y naciones; y aunque pasen los cielos, y la tierra suspenda su carrera, las palabras de la eterna promesa de Dios no pasarán jamás,<sup>2</sup> ni dejarán de tener su significado y cumplimiento: "La memoria del justo será eterna y su nombre vivirá por todos los siglos." *Memoria Eterna erit justus.*<sup>3</sup>

Este conjunto de verdades eternas, que han venido hasta nosotros desde los tiempos adámicos, y que leemos como entre el musgo de las pirámides de Méfis y en las ruinas de Palmira, las encontramos expresas claramente en nuestros Libros Santos, y en las costumbres de los pueblos modernos.

Esta creencia es universal, y en ella giró siempre el astro refulgente de la esperanza cristiana. Esta misma idea religiosa, la teneis expresa hoy en este monumento colosal, en esta pira adornada con los trofeos de la muerte: ella encierra un misterio sublime, ella significa un sentimiento elevado y grande, ella habla hoy á la presente generacion.

Yo no quiero solo dar testimonio de esta verdad, escuchad la voz de un Pontífice, que jamás debeis olvidar: "Hé aquí el trofeo de la religion sobre la muerte, dice el Illmo. Sr. Munguía.

(1) Ep. ad Filip. c. 20.—(2) Marci c. 13.—(3) Salm. 111 y 127.

Ese túmulo levantado sobre los pavimentos de la Casa de Dios, posando sobre sepuleros, oprimiendo las generaciones y mirando á los cielos, rival triunfante de las pirámides y de los obeliscos, salva la gloria del naufragio del tiempo é inclinando nuestra frente ante el Supremo *Rey para quien todo vive*, acrisola la virtud y garantiza la inmortalidad."<sup>1</sup>

Con el firme convencimiento de este dogma de la inmortalidad del alma, no menos que de la vanidad de las grandezas humanas, el Ilustrísimo Señor Peña anduvo constantemente en la meditacion del consejo saludable que nos dá el Espíritu Santo: «*Acuérdate de tus novísimos y no pecarás jamás.*»<sup>2</sup> Por esto es, que encontraremos en toda su vida, un ejemplar digno de imitarse, principalmente cuando se quiera reglamentar las costumbres segun las máximas evangélicas.

Lo que se ha dicho, es mas que suficiente para que éste monumento levantado en memoria del Pontífice que hoy lloramos, os haga detener en vuestra carrera para pensar seriamente en la vanidad de las cosas terrenas, que tanto enorgullece á los hombres sensuales y les hace cada dia alejarse de la verdadera grandeza y de la gloria. En circunstancias tan lamentables, como son estas, al borde del sepulcro de un Ilustre Varon, de un Sacerdote y Pontífice, es donde con mas claridad se ven desvanecerse los aplausos del mundo y las vanidades del siglo. Veamos ahora, cómo se practica la virtud y se aborrece el vicio, y en lo que consiste la verdadera grandeza de un fiel Pastor, que se sacrifica por sus ovejas.

(1) Oracion Fúnebre del Illmo. Sr. Portugal.—(2) Ecli. c. 7 y 40.



Cuando los hombres fundan sus esperanzas en la riqueza y pro genie de las familias, y por intereses bastardos entran temerariamente al Sacerdocio sin vocacion; entónces, Dios, sucita del seno de las familias humildes y pobres que forman la comunidad de un pueblo, á hombres sin títulos de sangre y de nobleza, para los altos puestos y dignidades.<sup>1</sup> La soberbia de los nobles, entónces queda confundida y la incredulidad avergonzada; la riqueza sin fuerzas ni valor, tiene que caer de rodillas ante un hijo del pueblo, de corazon bueno, recto y justo, que ordena todas las cosas en bien de la humanidad y en honor de la Religion.<sup>2</sup>

Tal fué la vocacion del Señor Peña para los altos puestos que ocupó en el Sacerdocio.

Hijo de padres pobres, nacido en esta Ciudad de Zamora, abrigado bajo el humilde techo de una casa, que vosotros conoceis,<sup>3</sup> y solemnemente bautizado en esta Parroquia el día 30 de Mayo de 1799, fué destinado como Samuel al servicio en la Casa del Señor.<sup>4</sup>

Habiendo recibido una educacion verdaderamente moral y religiosa, siempre fué temeroso de Dios; y en su trato civil, comedido, atento y

(1) *Vocavit ad se quos voluit* Marc. 3. 13.—(2) *Qui se exaltat humiliabitur, et qui se humiliat, exaltabitur.* Luc. 14. 11.

(3) Nació el Señor Peña en una casa ubicada en la calle de Sn. Bernardo, conocida antiguamente por la casa de D. Juan José de la Peña.

(4) En la notaria de este curato de Zamora existe un libro, de pasta morada, papel corriente, del año de 1799, que en el día 30 de Mayo tiene una partida de Bautismo que á la letra dice:

“Yo el Bachiller José Antonio de la Mora bauticé solemnemente, exorcisé, puse el Santo Oleo y Crisma á un infante de tres dias de nacido, en esta ciudad á quien puse por nombre José Antonio German, hijo legitimo de D. Juan José de la Peña y de Doña Maria Luisa Navarro. Fueron sus padrinos D. José Antonio Villanueva Molinar y Doña Maria Isabel Verdusco, casados, á quienes advertí su obligacion y parentezco espiritual. Y para que así conste lo firmo de mi puño y letra.”  
— José Antonio de la Mora.”

respetuoso, no solo con los grandes y superiores, sino con sus inferiores, compañeros é iguales: Dios lo habia escogido desde la infancia para que fuera un modelo de virtud, y por lo mismo, fué el predilecto de la familia y el centro del amor de sus honrados progenitores. Jóven todavia, procuró sostener á los que le dieron el ser, y comió el pan con el sudor de su rostro; pero cuando llegó el término de emprender su carrera literaria en el Seminario de Morelia; cuando oyó como los Apóstoles la voz de Jesucristo que en los secretos de su conciencia grababa aquel mandato: *Levántate y sígueme*: entónces como Andres y Pedro dejó las redes y la nave, se levantó como Mateo y sin preguntar, ni ménos procurar el premio temporal, siguió á Jesucristo por el camino que le tenia preparado. Muy pronto divisó el Sr. Peña el premio de sus afanes, ocupando en el Colegio Seminario un lugar distinguido entre sus discípulos, y mereciendo la confianza de sus superiores.

Durante su carrera literaria, segun el testimonio de personas fidedignas, el Sr. D. José Antonio de la Peña fué un ejemplo de aplicacion, un modelo de virtud y un espejo en que se reflejaron las virtudes civiles, morales y religiosas. Confirmándose, en este alumno, el buen concepto que de su talento reposado y de la pureza de su corazon, se formaron sus Prelados, Maestros y demás personas que le distinguieron con su aprecio: pues siempre obró todo lo que era bueno, tanto en orden á sus estudios, como en su trato familiar: *Operátus est bonum, et rectum, et verum.*

Celozo de la honra de Dios, no permitió jamás que en su presencia se dijeran palabras ó discursos impíos é irreligiosos. Desde sus primeros años se dió á respetar; y sus discípulos



los y aun sus Preceptores le consideraron como un anciano de juicio, de honradéz y de un corazon lleno del santo temor de Dios. Muy alto pregonan estas bellas cualidades los certificados y demás testimonios que se tuvieron presentes en la informacion dada al actual Sumo Pontífice, el Sr. Pio IX; pero aun cuando no hubiera estos monumentos de su piedad y buenas costumbres, aquí entre vosotros hay, como he dicho, testigos contemporáneos de su infancia y juventud que, tomando las palabras citadas del Paralipomenon, darian públicamente testimonio de la grandeza de aquella alma justificada á la vista de Dios y de los hombres, diciendo: *Operatus est bonum, et rectum et verum in ordine ministerii Domus Domini.*

Sí, Señores, en estos momentos de tan gratos recuerdos, me parece que á la luz de la lámpara del Altar del Templo de S. Francisco, en esta ciudad, veo proyectarse la sombra respetable del jóven José Antonio de la Peña y Navarro. En el silencio profundo, que sobre los sepulcros y en el templo solitario se guarda, me parece, repito, oír los acompasados y graves pasos de aquel modelo de virtud..... ¡Vedle, vedle allí Señores.....! Entre aquellos antiguos altares góticos, á los resplandores agonizantes de aquella lámpara..... favorecido por el silencio de las tumbas..... oculto su rostro, y sus ojos llenos de lágrimas.....! ¿Qué hace....? ¿Por qué llora....? ¿Por qué salen tiernos suspiros del fondo de su alma? ¡Ah queridos hijos de María! ¡Ese jóven que ahí veis, derrite su corazon en dulces coloquios con esa Madre de amor! ¡Viene á ofrecerle en su altar los pensamientos de su alma, los tiernos suspiros de su corazon! ¡Viene á poner bajo su amparo á sus padres y hermanos, á sus amigos y bienhechores, á ene-

migos y pecadores...! ¡Qué modelo de piedad! ¡Qué ejemplo de recogimiento y oracion...! Con razon el Señor lo escogió para su Sacerdocio, y para que guiara al pueblo, y ofreciera por él el incienso y el olor suave, y el sacrificio de la mañana en la ley de gracia. *Ipsam elegit ab omni vivente, offerre sacrificium Deo, incensum, et bonum odorem, in memoriam placare pro populo suo.*<sup>1</sup>

Al llegar á esta época importantísima de la vida de este insigne Sacerdote de la Iglesia de Jesucristo, quisiera presentar á vuestra consideracion todas aquellas virtudes ó riquezas, que en orden á su destino recogió en el campo del Señor, para hacerse digno ministro del Santuario; pero temo cansar vuestra atencion, y por lo mismo, me dirijo humildemente á vosotros, como en iguales circunstancias se dirigió á su auditorio S. Ambrocio: "Yo os ruego que me concedais y permitais á mi dolor, que pueda estenderme algun tanto en las alabanzas de aquel con quien ya no me es permitido hablar."<sup>2</sup>

Cuando la Esposa de los Cantares, llorando cuenta á sus compañeras la ausencia del Esposo: "Yo os conjuro, dice, hijas de Salem, que si á mi amado encontreis, le digais, que por los rigores de su separacion, sin fuerzas ya mi espíritu ha quedado." A tan tristes quejas las hijas de Sion contristadas preguntan á la Sulamítis: "¿Quereis decirnos, oh la mas hermosa de todas las mugeres, qué señas tiene vuestro amado?"—Y la Esposa describe y pinta con imágenes vivas las cualidades y gracias del objeto de su amor y de sus lágrimas.<sup>3</sup>

Hoy, que la Santa Iglesia de Zamora llora sin cesar por la separacion de su Esposo, y que

(1) Eccli. c. 45.—(2) De obit. frat. sui Satyri.—(3) Cant. c. 5.



tiene delante de sus hijos los restos é insignias de su Obispo, quisiera descorrer el velo que cubre tanta grandeza; quisiera detenerme, como se detiene el Águila en el espacio para escudriñar las selvas; quisiera ver al insigne Sr. Peña en el Curato de Jacona, para admirar su celo, su caridad, abnegacion y demás virtudes que allí resplandecieron durante su administracion espiritual; luego levantar el vuelo y detenerme en el Pueblo de Angamacutiro, y ver aquel Ciudadano Ilustre, amado de todos los hombres que, comprendiendo sus deberes civiles y religiosos, depositaron sus derechos en su Cura Párroco, para que en la 1ª Junta Departamental de Michoacan fueran dignamente representados; por último, salvando distancias y pasando sobre las montañas, ir á recoger los preciosos frutos de mil fatigas en socorrer al pobre, instruir al ignorante, visitar al enfermo, apartar del crimen al incestuoso, libertar á la doncella, y afianzar la paz del matrimonio en aquel dilatado Curato del Pueblo de Dolores Hidalgo. Pero, ¿cómo pintar á vuelo, el magnífico cuadro de cuarenta y nueve años de ministerio, no de un sacerdote mercenario, sino de un Sacerdote fiel y prudente, que ha sacrificado su vida por sus ovejas? Esta empresa de tanta magnitud, por poco que de ella se hable, necesita de un libro, mas bien que de un discurso. Sin embargo, para dar una idea, os diré del Illmo. Sr. Peña lo que el Espíritu Santo dice en el libro del Eclesiástico del Pontífice Simon: fué tan prudente en su gobierno, tan benéfico con los necesitados y tan afable con sus feligreses: que se llevó la gloria y se captó los respetos y los aplausos de los pueblos en que tuvo su morada: "Qui adeptus est gloriam in conversatione gentis."<sup>1</sup>

(1) Eccli. c. 50 a. 5.

Y si nos detenemos en el tiempo de su gobierno en la Archidiócesis de Michoacan; si le vemos en aquella hermosa Basílica cantando las alabanzas del Dios de Israel; si nos acercamos al confesonario; en fin, si le contemplamos como Obispo *in partibus* de la Iglesia de Drussípara: entónces, Señores, la noble figura del Pontífice de Jerusalem en la ley antigua, se ve cumplida en Jesucristo, y despues del Hijo de Dios, en el Illmo. Señor Peña que, segregado de entre los vivientes, se le confiaron los tesoros de las gracias, y se le facultó para bendecir, como Aaron, solemnemente al pueblo; por lo cual bien puede decirse: "Que como el sol en la mitad de su carrera, así resplandeció en la Iglesia y en el Templo de Dios. Et quasi sol refulgens sic ille effulsit in Templo Dei."<sup>1</sup>

Y no os cause asombro, Hermanos míos, que estas alabanzas dictadas por el Espíritu Santo para elogiar á los varones ilustres del Antiguo Testamento, las predique yo de un Obispo ilustre, que acaba de separarse de entre nosotros; porque aunque sé que la Iglesia Santa y Maestra de la verdad, aun no le tributa culto en sus altares; sé muy bien, que su carácter sacerdotal es santo, que su ministerio es divino, y que la jurisdiccion episcopal lleva, tambien, el sello de la Santidad; y por lo mismo, merece todos nuestros respetos y nuestros homenajes, como lo asegura S. Gregorio diciendo: "O veneranda Sacerdotum dignitas in quorum manibus velut in útero Virginis, Filius Dei incarnatur."<sup>2</sup>

Pero, si le considerais como hombre del siglo solamente. ¿Qué habeis visto en él? ¿Aca-

(1) Eccli. 50. 7. — (2) Apud. Gabr. in Cant. lec. 40 et 46.



so una caña debil, agitada por el viento? ¿Es por ventura, algun sabio que abuse de sus conocimientos para oprimir al débil, ó es algun abogado traficante con los derechos del hombre? ¿Le visteis algun dia que faltara á la justicia reconocida y que no dijera la verdad en su corazon . . . ? ¿Quién, Señores, podrá justamente quejarse de él, ó por falso, ó por perjurio, ó porque haya prestado con interés y usura su dinero? No hay, ciertamente, quien pueda arrojar sobre la memoria de este hombre, el escarnio y la deshonra; pues obró siempre el bien y fué recto y justo: "Operatus est bonum, et rectum, et justum, et prosperatus est."

Del testimonio de los hombres que conocieron y trataron al Diguísimo Prelado, bien puede inferirse el destino y fin, que le ha tocado ya en la eternidad. El Profeta Rey en su Salmo XIV, hace el retrato de los hombres que, por sus buenas obras, han de ocupar un asiento en el Tabernáculo Celestial;<sup>1</sup> y si nos detenemos comparando las imágenes, encontraremos la fiel semejanza entre aquella trazada por David, y la del Varon Ilustre sobre cuya tumba lloramos.

Dad, Señores, una mirada sobre esas pági-

(1) *¿Domini, quis habitabit in tabernáculo tuo: aut quis requiescit in monte sancto tuo?*

—El que sigue sin mancha su camino, y se presenta limpio, puro y casto; el que cumple con todo lo que debe á las obligaciones de su estado. El que con corazon puro y sincero dice siempre la verdad, siempre es exacto, y cuya lengua dulce y apacible jamás trata á los otros con engaño; El que sirve á sus prójimos con celo, y que lejos de hacerles ningun daño, ni siquiera permite en su presencia, que se hable de su honor con desacato. El que vé á los inicuos como nada, aunque el mundo los ponga en lugar alto, pero que estima á los que á Dios respetan, y por su santo amor quieren ser santos. El que guarda constante su palabra, el que no admite tratos usurarios, y en fin, el que jamás por el dinero ha querido oprimir á sus hermanos.—Salmo XIV.

nas de oro, y en ellas hallareis la verdad de mi acerto y el diseño perfecto del Pastor que os he propuesto como un modelo de virtud. Entre tanto, yo os ruego me concedais otros momentos para concluir.

"Las virtudes mas propias de los Prelados son, dice Cornelio Alápide, la pureza y santidad de la vida, la prudencia en su reinado, la diligencia en el obrar, la rectitud en hacer justicia, y la ciencia para dirigir y enseñar." Examinemos estas bellas cualidades.

¿Quién de vosotros ignora las hermosas virtudes que adornaron aquella alma purificada y santa? Ahí en esos altares ofreció el Cuerpo y Sangre de Jesucristo. Y, ¿cómo le ofrecia? Lleno de pureza, despues de haber recibido el agua de la penitencia, que lava los pecados y fortifica el espíritu; despues de haber tenido una meditacion prolija; despues de haber gemido á los piés de su confesor, y de edificar con su humildad y recogimiento á todos los fieles que le seguian en el santo templo. No hubo un solo dia que el sacrificio ofrecido por su pueblo no fuera consumido con el fuego del amor divino. "Sacrificia ipsius consumpta sunt igne quotidie."<sup>1</sup>

La prudencia unida á una caridad intensa siempre fué la luz en todo su gobierno; y de estas refulgentes virtudes no solamente los seculares pueden dar testimonio, ya por los innumerables delitos que corrigió en privado, ya por los arreglos de conciencia y por la paz que siempre estableció en los litigantes; tambien vosotros, Venerables Sacerdotes, sois testigos de aquella nobleza de corazon, de aquella caridad ardiente, de aquella paciencia y

(1) *Ecclesi. 45. 17.*



sufrimiento, en fin, de aquel gobierno fundado en Jesucristo, y nunca en respetos humanos. ¿Cuántas lágrimas derramaron sus ojos cuando tuvo que corregir al extraviado cordero, ó curar la herida abierta en el corazón de aquella oveja perdida...? ¡Ay! Hermanos míos. Mas de una alma se siente en estos momentos movida interiormente por la gracia y por los recuerdos del pasado...! Cuando el Ilustre y bondadoso Prelado se encontraba un corazón acostumbrado al vicio; cuando informado de las malas costumbres y de los peligros de muerte eterna á que estaba expuesto alguno de sus súbditos; y cuando había apurado los resortes del convencimiento; entonces, siguiendo el ejemplo de su Divino Maestro, se repetía en su habitación el tierno espectáculo del Cenáculo; ¡caía de rodillas ante el súbdito! lo estrechaba cariñosamente en sus brazos! y derramando lágrimas, pedía por la sangre de Jesucristo, la enmienda y la vuelta á la Casa de Dios! Todo un Padre de misericordia y un fiel Amigo se constituía de aquel nuevo pródigo....<sup>1</sup>

¿Queréis conocer su prontitud en socorrer y el celo por salvar á los pueblos confiados á su pastoral cuidado? Ahí teneis, Señores, esas elocuentes Cartas Pastorales, que revelan su sabiduría, su valor civil, su vigilancia, y sobre todo, un basto conocimiento del corazón humano. Pero, si no fueren tan elocuentes estos testimonios, teneis sus lágrimas derramadas en su lecho de dolor, á causa de no poder seguir en sus tareas apostólicas, como descaba ardentemente su corazón. ¿Cuántas veces fuimos testigos oculares de sus ansias y desvelos?

(1) S. Mat. cap. 18 v. 15.—Lucas, cap. 15.

¿Cuántas ocasiones escuchamos de sus lábios aquellas sentidas quejas unidas con sus lágrimas, para obtener de Dios las fuerzas necesarias y desempeñar con acierto aquel mandato divino: *Pasce oves meas?*<sup>1</sup> ¿Recordais, amados hermanos y compañeros en la Santa Visita, sus dulces consuelos, sus palabras edificantes, sus oraciones fervientes y sus grandes esperanzas de llegar á un día, en que lograr pudiera derramar con profusión los auxilios espirituales en todo el país de su dilatada Diócesis? ¡Oh dias venturosos y de gratos recuerdos! ¡Oh momentos preciosos en que tuvimos la dicha de ir á esos pueblos felices con tan Ilustre Pontífice, y derramar en las heridas del pobre pecador el bálsamo de la caridad de Jesucristo! Habeis pasado como sombras fugaces que jamás volverán...! Pero, nos queda el dulce recuerdo de ese pasado y la memoria de nuestro Prelado jamás perecerá.

Si Señores: en el transcurso de doce años dos meses que el Illmo. Señor Obispo D. José Antonio de la Peña y Navarro gobernó esta Diócesis, no obstante su avanzada edad, sus enfermedades, y mas que todo esto, las persecuciones del liberalismo, llenó perfectamente los deberes de su conciencia y los de su sagrado ministerio. Hé aquí esta Santa Iglesia Catedral que ha recibido mil y mil testimonios de su piedad y munificencia; y sobre todo, este Cabildo Venerable, formado de personas que despues de Dios, á él deben lo que son y á su sombra fueron criadas sus reputaciones. Teneis tambien, como monumentos perpetuos de su amor á las letras, ese Colegio Seminario, en que mas de trescientos alumnos ciñen su frente con el laurel de la ciencia; y

(1) Joan cap. 17.



del cual han salido los ministros que en su mayor número ocupan sus puestos, como fieles soldados de Jesucristo, en toda esta nueva Diócesis. Ahí están las parroquias del Poniente, favorecidas con la Santa Visita Pastoral; pero si quereis admirar sus trabajos, recorred, Hermanos míos, toda la Sierra de Michoacan; y cuando asombrados al ver tanta constancia en el confesonario, tanta caridad en los altares y tanto celo y vigor en el púlpito para corregir las costumbres de los Pueblos; entonces, pasad á las Parroquias de Amatlan, Apazingan, Los Reyes y Parácuaro, y le vereis á las altas horas de la noche, haciendo confesiones y confirmando á sus diocesanos. En suma: abrid los libros de todas las Parroquias, y encontrareis cerca de ciento cincuenta mil confirmados, que llorando á los piés del Pontífice perfeccionaron los sentimientos purísimos de su piedad y de su fé.

Mas, ¿adónde voy á terminar...? ¿Quién podrá contar uno á uno los actos de virtudes, que formaron el mérito de este tan esclarecido Pontífice de la Iglesia Zamorana? ¿Quién á la vista de aquellos sufrimientos mortales que tuvo en sus últimos dias, no reconoce la pureza de su alma, la caridad para sus hijos, el celo de la Casa de Dios, la humildad y pobreza de su vida? ¿Pueblos de Tingüindin y Tarecuato! levantad vuestra voz, y aquí deponed como testigos oculares de lo que habeis visto en esos dias de desolacion y amargura, al tener la dicha de recoger los últimos suspiros del Illmo. Señor Obispo Dr. D. José Antonio de la Peña y Navarro.

¡Oh Señores! Reunid si podeis, todos los dones que Dios derramó sobre este siervo fiel y prudente desde su entrada al mundo, hasta el

momento de su viaje á las mansiones de la eternidad. Contad sus pobreza y trabajos, sus lágrimas y enfermedades, sus destierros y persecuciones, sus penitencias, ayunos y mortificaciones. Tomad todas estas obras, y unidas á las virtudes episcopales que atesoró para presentarse en su última agonía á Jesucristo; y deducireis esta verdad que me he propuesto demostrar: EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DR. D. JOSÉ ANTONIO DE LA PEÑA Y NAVARRO PRIMER OBISPO DE ZAMORA, FUE UN VARON ILUSTRE QUE OBRÓ EN SU LARGA VIDA TODO CUANTO ERA BUENO, RECTO Y VERDADERO EN ORDEN AL MINISTERIO DE LA CASA DEL SEÑOR, Y TODO LE SALIÓ FELIZMENTE. "Operatus est bonum, et rectum, et verum in universa cultura ministerii domus Domini.....et prosperatus est."

Hé concluido, Señores, mi honrosa mision cerca de vosotros: frente á frente de este monumento colosal, que nos hace pensar seriamente en la inconstancia de las cosas terrenas, creo haber levantado vuestro espíritu en alas de la santa esperanza, para que desde el humilde sepulcro en que habeis colocado los restos venerables del Dignísimo Obispo de Zamora, diviseis los fulgentes rayos de la inmortalidad y de la verdadera gloria: creo, tambien, haber justamente encontrado un modelo de virtud cristiana, digno de imitarse, no solamente por cada uno de los venerables ministros que acaban de ver, como á la luz del relámpago, las acciones de un Pontífice irreprochable, modesto y casto; sino tambien de cada uno de los fieles católicos, que por su vocacion de cristianos, deben practicar la virtud y aborrecer el vicio. En esto, nunca crei seguir otra senda distinta de la que con igual motivo siguieron los Padres de la Iglesia al llorar sobre los sepulcros de los varones ilustres, cuya



memoria será eternamente celebrada por todas las generaciones.

Si he conseguido mi objeto, creo haber llenado vuestros deseos, y haber pagado una deuda de mi corazón. Este túmulo y ese sepulcro me recordarán toda la vida que estoy huérfano, que murió el hombre mas querido de mi alma, el que me enseñó á amar la virtud, y á ser en sus trabajos y cuidados pastorales, un humilde compañero y el mas inútil de sus súbditos; por motivos tan justos y dignos, mis ojos bañados en lágrimas, y mi corazón destrozado por el dolor, digo con Jacob: *bajaré llorando al sepulcro*<sup>1</sup> y no tendrá consuelo mi alma, sino hasta el dia en que me una con mi amado Padre, mi querido Pastor y respetable Obispo.

Mas vosotros, Hermanos míos, llenos de amargura y transidos del dolor mas acervo, acercaos al trono del Rey de la gloria! ¡Inclinad con humildad vuestras frentes, y unidas con el polvo del sepulcro que guarda los preciosos restos del que fué vuestro primer Obispo, pedid con ferviente caridad el descanso eterno de su alma. Y vosotros, Venerables Sacerdotes, hijos predilectos de aquel amoroso Padre que lloró tantas veces en vuestros brazos, ya que en aquel dia tristísimo en que recibisteis sus restos, no pudieron vuestros lábios pronunciar una súplica en fuerza del dolor, ahora llenos de fé y caridad, decid al Señor para quien todo está vivo y presente, que tenga misericordia de su siervo y que le dé el sueño de paz; á fin de que premiadas sus virtudes y lleno de delicias inefables, diga con San Gerónimo:<sup>2</sup> mi muerte no es otra cosa que un apacible sueño en el seno del Señor: *In pace, et in ipsum dormiam, et requiescam.* AMEN.

(1) Genesis c. 37 v. 35.—(2) Cart. 29 ad Theod. viduam.

## COMPOSICIONES

### GASTELLANAS Y LATINAS

CON LAS CUALES SE ADORNÓ

EL

## CATAFALGO.

I.

### FRENTE AL CORO.

¡Hijas de Sion! Cubrid vuestra cabeza  
Con el manto de luto destinado  
Para los dias de duelo..... la tristeza  
Nuble las sienas vuestras que adornado  
Flores hubieran de gentil belleza.  
Ha el tiempo de las lágrimas llegado,  
Mirad si nó de Antonio los despojos  
Que llorando contemplan vuestros ojos.

J. G. N.



memoria será eternamente celebrada por todas las generaciones.

Si he conseguido mi objeto, creo haber llenado vuestros deseos, y haber pagado una deuda de mi corazón. Este túmulo y ese sepulcro me recordarán toda la vida que estoy huérfano, que murió el hombre mas querido de mi alma, el que me enseñó á amar la virtud, y á ser en sus trabajos y cuidados pastorales, un humilde compañero y el mas inútil de sus súbditos; por motivos tan justos y dignos, mis ojos bañados en lágrimas, y mi corazón destrozado por el dolor, digo con Jacob: *bajaré llorando al sepulcro*<sup>1</sup> y no tendrá consuelo mi alma, sino hasta el dia en que me una con mi amado Padre, mi querido Pastor y respetable Obispo.

Mas vosotros, Hermanos míos, llenos de amargura y transidos del dolor mas acervo, acercaos al trono del Rey de la gloria! ¡Inclinad con humildad vuestras frentes, y unidas con el polvo del sepulcro que guarda los preciosos restos del que fué vuestro primer Obispo, pedid con ferviente caridad el descanso eterno de su alma. Y vosotros, Venerables Sacerdotes, hijos predilectos de aquel amoroso Padre que lloró tantas veces en vuestros brazos, ya que en aquel dia tristísimo en que recibisteis sus restos, no pudieron vuestros lábios pronunciar una súplica en fuerza del dolor, ahora llenos de fé y caridad, decid al Señor para quien todo está vivo y presente, que tenga misericordia de su siervo y que le dé el sueño de paz; á fin de que premiadas sus virtudes y lleno de delicias inefables, diga con San Gerónimo:<sup>2</sup> mi muerte no es otra cosa que un apacible sueño en el seno del Señor: *In pace, et in ipsum dormiam, et requiescam.* AMEN.

(1) Genesis c. 37 v. 35.—(2) Cart. 29 ad Theod. viduam.

COMPOSICIONES  
CASTELLANAS Y LATINAS

CON LAS CUALES SE ADORNÓ

EL

CATAFALGO.

I.

FRENTE AL CORO.

¡Hijas de Sion! Cubrid vuestra cabeza  
Con el manto de luto destinado  
Para los dias de duelo..... la tristeza  
Nuble las sienas vuestras que adornado  
Flores hubieran de gentil belleza.  
Ha el tiempo de las lágrimas llegado,  
Mirad si nó de Antonio los despojos  
Que llorando contemplan vuestros ojos.

J. G. N.



II.

¡Murió el Pastor!... como la flor del prado  
Se secó como el lirio de la fuente,  
Anciano se inclinó con su cayado,  
Hundió en el polvo la sublime frente,  
Y en su humilde sepulcro venerado  
Llora la triste humanidad doliente .....  
¡Vuelve, *Pastor*, y tu cayado apaña  
Que hoy ruge el leon con formidable saña!

F. V.

III.

**AL LADO DEL EVANGELIO.**

¿Dónde tu padre está y amante esposo?  
¡Iglesia de Zamora! tu mirada  
Al cielo elevas, y en raudal copioso  
Viertes lágrimas tristes afanada .....  
Llora, si, llora á tu Pastor celoso  
Huérfana Hija, Esposa desolada .....  
No oirás su silvo ya, ni con agrado  
Lo suave sentirás de su cayado.

J. G. N.

IV.

Añosa encina entre la selva umbrosa,  
Coronada de lirios esplendentes,  
Alza al cielo su frente poderosa,  
Al blando arrullo de sonoras fuentes,  
Y derrama su sombra deliciosa  
Desafiando el poder de los torrentes.  
¡Como la encina en el torrente insano  
Potente fuiste, venturoso anciano!

F. V.

V.

**AL LADO DE LA EPÍSTOLA.**

Obispo ilustre, sábio gobernaba  
La nueva grey que se le diera un dia;  
Era Moisés cuando al Eterno oraba,  
Aaron cuando holocaustos ofrecia;  
Crisóstomo si al pueblo predicaba,  
Bossuet si los errores confundia;  
Era un padre á los pobres recibiendo,  
Era un niño á los niños bendiciendo.

J. G. N.

VI.

Vaso de barro humilde fabricado,  
Recibe el oro en sin igual presteza,  
Y lo devuelve en líquido preciado,  
Y lo convierte en límpida belleza,  
Bajo ignífera accion purificado,  
Ostentando su brillo y su riqueza.  
¡Tu cuerpo fué el crisol, *digno Prelado*,  
De un corazon de precio inestimado!

F. V.

VII.

**AL FRENTE DE LA NAVE.**

Ministro del Señor, su humilde vida  
Fué de virtud magnífico dechado,  
Jamás á la soberbia dió cabida  
A grandes dignidades elevado;  
Su voluntad estuvo sometida  
Al suave imperio del deber sagrado,  
Por eso al descargar su golpe fuerte  
Con él cumpliendo le encontró la muerte.

J. G. N.



VIII.

El hermoso cristal purificado,  
Deja la forma de la tierra impura,  
Y en el sublime templo colocado,  
Rayos despide de delicia pura,  
Y brilla en un espejo trasformado,  
En el sagrario de inmortal ventura.  
¡En el cristal de tu alma contemplamos  
Digno Prelado tu virtud que amamos!  
F. V.

**LA URNA**

QUE DESCANSABA EN EL SEGUNDO CUERPO DEL CATAFALCO.

ESTABA ADORNADA

CON LOS SIGUIENTES EPIGRAMAS.

I.

¡Urbs felix quondam, sed nunc oppresa dolore!  
¡Heu! frustrá quæris, quem lætabunda videbas,  
Pastorem sanctum, perfusum flámine sacro.

II.

¡Oh nimium dilecte Deo, sanctissime Præsul,  
¿Non igitur fallor? ¿Tua servat triste ferétrum  
Ac retinet mortalia, lux clarissima nostri?

III.

¡Proh Pastor! tendens rápidos ad sidera gressus  
Dilectique gregis poenas lacrimasque videndo  
Orate ad pacem quæ sunt Genitorem Olympi.

IV.

¡Ergo reliquisti nocuum mortalibus agmen  
Curarum, Antoni, vir prudens, legifer æque,  
Operibus verbisque potens, gravitate verendus?

FIN.



